10093

LA SEÑORITA MAMÁ

comedia cómica de GUTIÉRREZ ROIG

Cubierta

de

este

número:

La

actriz

argentina

Fanny Brena,

feliz

intérprete

de

La

señorita

mamá

LA SEÑORITA MAMA

LOUIS VERNEUIL

LA SEÑORITA MAMA

COMEDIA EN TRES ACTOS. VERSION CASTELLANA DE

ENRIQUE F. GUTIERREZ ROIG

Estrenada en el Teatro Muñoz Seca, de Madrid, el día 15 de abril de 1932.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO

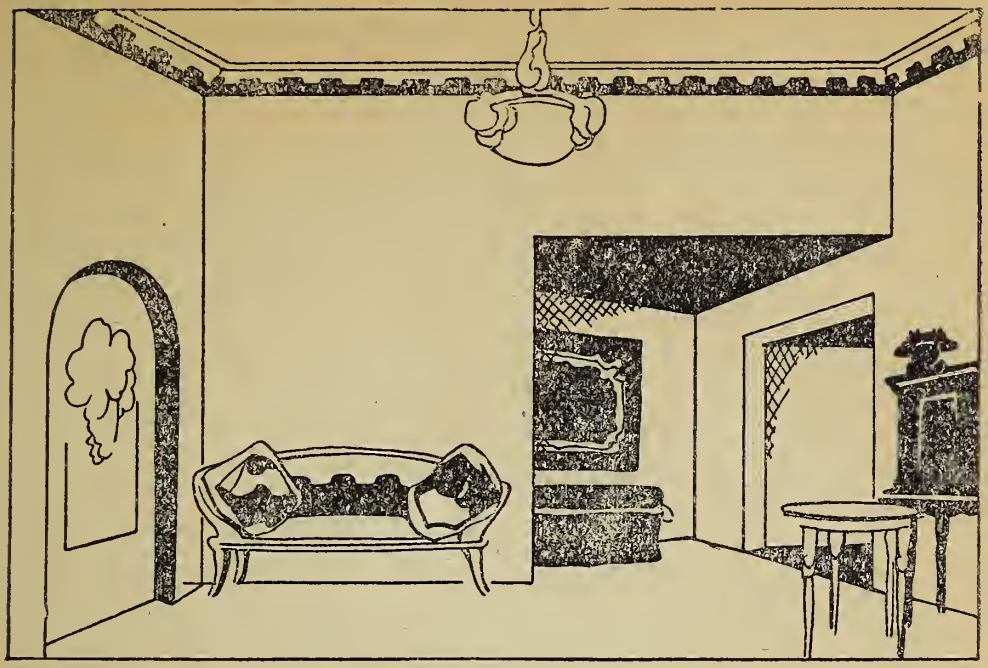
LA FARSA

AÑO VI ||| 7 DE MAYO DE 1932 ||| NUM. 243
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amelia Letournel.....	Fanny Brena.
Fanny Abril.....	Carmen Morando.
Luisa.....	Josefina Otero.
Jorge Letournel.....	Luis Peña.
Alberto Letournel.....	Rafael M. Victorero.
Julián Morell.....	Juan de Orduña.
El Maitre d'Hotel.....	Antonio Garay.

La acción de los actos primero y tercero, en París. El segundo, en un restaurant de Versalles. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Un salón elegante en casa de Alberto Letournel. Al fondo, puerta que da al vestíbulo. A la izquierda, primer término, puerta del cuarto de Amelia, y otra a la derecha, en primer término también, del cuarto de Jorge. A la izquierda, en ochava, puerta que da al gran salón. Son las cinco de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y LUISA.

(Al levantarse el telón, Alberto está solo en escena, paseando inquieto, luego llama en un timbre, después sigue paseando, se detiene pensativo y al fin se sienta, coge un periódico, lo abre y lee distraídamente.)

LUISA.—(*Entrando fondo.*) ¿Ha llamado el señor?

ALBERTO.—(*Preocupado.*) Sí, Luisa, creo que he llamado.

LUISA.—¿Desea algo el señor?

ALBERTO.—Naturalmente que debo querer algo.

LUISA.—(*Un poco extrañada.*) Pues el señor dirá.

ALBERTO.—(*Con aire indiferente y leyendo el periódico.*) Voy a

669043

preguntarle una cosa, por más que, verdaderamente, no me interesa mucho... ; es simple curiosidad... Anoche entré en la farmacia de enfrente...

LUISA.—¿En la botica del señor Plumet?

ALBERTO.—Sí. En la del número quince; entré para comprar un poco de bromuro.

LUISA.—El señor está siempre tan nervioso...

ALBERTO.—¡Siempre!... El boticario no estaba, y como deseaba verle, me dijo uno de los dependientes que el señor Plumet estaba en casa de la florista.

LUISA.—¿La señora Boulot?

ALBERTO.—Eso es. La que tiene la tienda en el número veinticinco. Y esta mañana entré en casa de la florista a comprar unos claveles para la señorita.

LUISA.—El señor es muy galante...

ALBERTO.—¡Mucho!... Pero la señora Boulot no estaba en la tienda.

LUISA.—(*Sonriente.*) ¡Claro! Estaría en casa del farmacéutico.

ALBERTO.—¡Justamente!... Eso me han dicho, y esas ausencias simétricas me han chocado. Dígame, Luisa. ¿No hay cierto *flirt* entre los dos citados comerciantes?

LUISA.—¡Un *flirt* muy acentuado, señor!... ¡La señora Boulot está locamente enamorada del señor Plumet; todo el barrio lo sabe!...

ALBERTO.—¡Ah! (*Nerviosamente rompe en dos pedazos el periódico que leía.*)

LUISA.—¿Qué le sucede al señor?

ALBERTO.—¡Nada!... ¡Un discurso que leía y me ha puesto nervioso, un discurso de Mussolini!...

LUISA.—Parece ser que esa persona le preocupa mucho al señor.

ALBERTO.—¿Quién? ¿Mussolini?

LUISA.—¡No, la señora Boulot, la florista!

ALBERTO.—¿Preocuparme a mí la florista? Hablo de ella por casualidad. Confieso que es una mujer hermosa, y lo que siento es verla entre las garras de ese envenenador... ¡Porque... es un envenenador!... ¡Hace tres días le pedí jarabe de Tolú y me dió aceite de ricino!... Suerte que lo noté a tiempo.

LUISA.—¡Está tan enamorado!...

ALBERTO.—¿El también?

LUISA.—¡Es un amor recíproco!... ¿Habrá observado el señor que la farmacia está siempre llena de flores?...

ALBERTO.—Cierto... ; y en casa de la florista hay por todas partes pastillas de goma y específicos.

LUISA.—¡Es una pareja muy unida!... ¡Acabarán por casarse!...

ALBERTO.—¿Legalmente?

LUISA.—(*Sonriente.*) ¡Es el único lazo que entre ellos no está todavía realizado!... Yo me atrevo a decirle al señor que no hay nada que hacer en ese asunto, y el señor debe mirar bien lo que hace.

ALBERTO.—(*Secamente.*) ¿Por qué?

LUISA.—Me permito darle respetuosamente ese consejo al señor, y se lo doy porque yo ya conozco la carta que el señor ha escrito a la señora Boulot. ¡Yo conozco la carta y la conoce todo el barrio!...

ALBERTO.—(*Levantándose.*) ¿Todo el barrio?

LUISA.—¡El señor Plumet la estaba leyendo en alta voz hace bien poco en la farmacia!... Seis o siete personas escuchaban su lectura, y no es por alabar al señor, ¡pero el señor escribe muy bien!... Aquel párrafo que dice: "No deben darse flores a un farmacéutico, porque con ellas hace tisanas." ¡Eso es delicioso!... Pero al boticario esas tisanas no le han sentado bien y creo que le contestará al señor en términos muy duros.

ALBERTO.—(*Indignado.*) ¡Ya lo veremos! (*Atraviesa la escena, va a la puerta izquierda primer término, la abre y llama.*) ¡Amelia! ¡Amelia!...

AMELIA.—(*Desde dentro.*) ¿Qué quieres?

ALBERTO.—¡Que vengas inmediatamente!...

ESCENA II

DICHOS y AMELIA.

AMELIA.—(*Entrando.*) ¿Qué ocurre?

ALBERTO.—Quiero que oigas una cosa. (*A Luisa.*) Haga el favor de repetir a mi mujer lo que acaba de decirme.

LUISA.—(*Indignada.*) ¡No, señor; eso no!... ¡Yo no puedo decir esas cosas!...

ALBERTO.—Dígale a la señorita lo de la carta. Quiero que la señorita sepa todo lo que hago.

LUISA.—Pues bien, señorita, el señor ha escrito a la florista...

AMELIA.—(*Indiferente.*) ¡Ah!... Muy bien.

ALBERTO.—¿Y qué le he escrito?

LUISA.—Una carta.

ALBERTO.—¡De amor!... ¡Haga el favor de indicar bien a la señorita que se trataba de una carta de amor!... ¿Y qué hizo la florista?...

LUISA.—¡Señor!...

ALBERTO.—¡Vamos, Luisa, dígalo!...

LUISA.—Enseñar la carta al farmacéutico.

ALBERTO.—¿Y qué ha hecho el farmacéutico?

LUISA.—¡Que ha leído la carta en alta voz a todo el que ha querido oírla! Y todo el barrio sabe que el señor escribe a la florista.

ALBERTO.—¡Al que ha querido oírla!... Y todo el mundo sabe que escribo y cortejo a la florista. ¿No es verdad, Luisa?

LUISA.—Sí, señor.

ALBERTO.—¿Y qué papel, qué papelito hace la señorita, mi mujer, en todo esto?

LUISA.—Señor...

ALBERTO.—¡Dígalo usted, Luisa!

LUISA.—Señor, son impresiones personales, y es muy difícil...

ALBERTO.—Basta, Luisa, comprendemos. (*Dirigiéndose a Amelia.*) En todo esto, Amelia, tú haces un papel muy ridículo, Luisa no se atreve a decirlo, pero te lo digo yo.

LUISA.—Señor...

ALBERTO.—Váyase, Luisa, ya no la necesitamos.

LUISA.—¡Está bien, señor!... (*Saliendo.*) ¡Qué matrimonio, Dios mío! ¡Qué matrimonio! (*Vase fondo.*)

ESCENA III

AMELIA, ALBERTO y después LUISA.

AMELIA.—¿Te parece bien poner a los criados al corriente de?...

ALBERTO.—Lo he hecho expresamente; primero desde el punto de vista social. Si las clases inferiores dejaran de tener para nosotros el más profundo desprecio pronto iríamos al más completo desequilibrio de la sociedad. Y, en segundo lugar, que esto me permite hacerte ver hasta qué punto tu conducta...

AMELIA.—(*Sentándose.*) Acaba, Alberto. ¿A dónde pretendes llegar?...

ALBERTO.—A lo que voy a decirte: ¡Hace cuatro meses que nos hemos casado y hace cuatro meses que tu cuarto está cerrado para mí! Cerrado obstinadamente. ¡Tú, para justificar el apartamiento y la separación a que me obligas, me das siempre vagas razones!...

AMELIA.—¡Oh, vagas!...

ALBERTO.—Confieso que yo entré en tu vida un poco bruscamente...

AMELIA.—¿Un poco, nada más? Entraste como un ciclón. Yo era la prometida del señor de la Croix-Marion, y entre las numerosas recepciones a que daba lugar nuestro próximo enlace, la señora de la Croix-Marion acordó dar un baile al cual sólo se podía concurrir disfrazado...

ALBERTO.—¡Qué guapa estabas tú de Colombina!...

AMELIA.—Y tú, disfrazado de Robespierre, te introdujiste en los salones de mi futura suegra.

ALBERTO.—¡Me habían invitado!...

AMELIA.—Bailé contigo varias veces y, desde el segundo tango, me arrancaste la confidencia de que yo era la prometida del hijo de la casa. ¡Este rondaba, no lejos de nosotros, pavoneándose con la soberbia prestancia que da un traje de Cardenal Richelieu!...

ALBERTO.—¡Estaba ridículo!... Richelieu bailando un tango, figúrate...

AMELIA.—Eso es lo que tú me dijiste entre otra porción de cosas. ¿Lo recuerdas? Que su fortuna era ficticia, su distinción artificial y su amor problemático, en fin, que casándome con él iba derecha a la desgracia para toda mi vida.

ALBERTO.—¡Era verdad!...

AMELIA.—¿Y qué te importaba a ti, puesto que no me conocías?...

ALBERTO.—No he podido nunca tolerar que una mujer bonita sea desgraciada, y sobre todo que haga un mal matrimonio.

AMELIA.—¡Ya lo sé!... Pero tú no me convenciste. Yo no soy una veleta, y porque un desconocido me hablase mal de mi novio, yo no iba a regañar con mi prometido. ¡Te fuiste del baile enfadado y ya me creía tranquila, cuando al día siguiente, cuál no fué mi sorpresa al oír que mi padre me participaba que el señor de la Croix-Marion daba por terminadas nuestras relaciones!...

ALBERTO.—¡Había ido yo a verle!...

AMELIA.—¡Y le habías dicho que yo era tu amante!... ¡Qué horror! ¡Y qué desvergüenza! ¡Qué cínico! ¡Y, claro, se produjo un escándalo horrible!... Y como era usted el causante de todo, mi padre sólo podía adoptar dos partidos: o matarle a usted o obligarle a casarse conmigo.

ALBERTO.—¡El y yo preferimos lo último!... ¡Pero confieso que lo único que yo deseaba era sustraerte al idiota de la Croix-Marion, porque yo no había pensado en substituirle!...

AMELIA.—¿Tú... no habías pensado?...

ALBERTO.—(*Sentándose.*) ¡Lo hice sin embargo de buena gana y hasta con alegría!...

AMELIA.—¡El caso es que me fuiste presentado el 4 de enero y nos casamos el 23!... ¡Resulta que te conocí diez y nueve días antes de nuestro casamiento!...

ALBERTO.—¡Hay tantas jóvenes que no conocen verdaderamente a su marido hasta las veinte y cuatro horas después de casadas!...

AMELIA.—¿Y tú supones que soy una mujer que puede querer a un hombre al que sólo conoce desde hace tres semanas?...

ALBERTO.—Pero, ¡es que ese hombre es ya tu esposo!

AMELIA.—¡No, Alberto!... Nosotros no nos conocemos lo sufi-

ciente todavía. (*Pausa. Se levanta y pasea.*) ¡A las mujeres hay que conocerlas, hay que cortejarlas, hay que hacerse amar, hay que conquistarlas, y por el tiempo que tardan en ceder se tiene el barómetro que mide su virtud!... ¿Quién te dispensa a ti, porque seas mi marido, de ese período... de expectativa?... ¿No tuviste tiempo de cortejarme antes de nuestro matrimonio? ¡Pues, cortéjame después!... ¡Conquístame ahora!

ALBERTO.—¡Si no hago otra cosa desde hace cuatro meses!

AMELIA.—¿Escribiendo a la florista?

ALBERTO.—Escribo a la florista porque tú me rechazas...

AMELIA.—¡Te rechazo porque escribes a la florista!... ¡Nos encontramos en un círculo vicioso del que no saldremos nunca!...

ALBERTO.—(*Enérgicamente.*) ¡Pues es preciso salir de él! (*Viendo a Luisa que entra por la izquierda, chaflán.*) ¿Qué quiere usted?

LUISA.—El señor de Morell está esperando en la sala. Dice que es la hora de ensayar la comedia con la señorita.

AMELIA.—¡Claro! Cinco menos diez, llega un poco retrasado.

ALBERTO.—Dígale al señor de Morell que tengo una conversación importante con la señora y que le ruego espere unos minutos.

LUISA.—Está bien, señor. (*Va a salir cuando recuerda y se acerca a Amelia.*) Se me olvidó decir a la señorita que hasta hace quince días el señor hizo visitas muy frecuentes a la baronesa de Lokner, la inquilina del tercero.

ALBERTO.—(*Furioso.*) ¿Quién le pregunta a usted nada?

LUISA.—Suponía que el señor deseaba informase a la señora...

ALBERTO.—Deseo que se vaya de aquí inmediatamente.

LUISA.—El señor tendrá la bondad de indicarme cuáles de sus aventuras amorosas he de dar a conocer, y de cuáles he de guardar el secreto. (*Sale por la izquierda, chaflán.*)

AMELIA.—(*Irónicamente.*) ¿La baronesa de Lokner?... ¿Y dices que me quieres?... No tienes tiempo para quererme.

ALBERTO.—Es que la baronesa de Lokner estaba a punto de acceder a los deseos de un caballero de industria... y me he interpuesto...

AMELIA.—(*Sonriente.*) ¡Siempre!... Siempre en tu papel de salvador.

ALBERTO.—¡Después de todo nos hemos apartado de la cuestión!... (*Al ver que Amelia cambia los muebles de sitio.*) ¿Qué haces?

AMELIA.—Preparar el ensayo de "Las familas rivales".

ALBERTO.—¿Qué es eso de "Las familias rivales"?

AMELIA.—¡La obra que ensayo con Morell! ¿No lo sabes?

ALBERTO.—¡No me acordaba del título, dispensa!... ¿No le habrás contado nada?...

AMELIA.—¿A quién? ¿De qué?...

ALBERTO.—A Morell, ¿supongo que no le habrás dicho que sigues tan señorita como antes de casarte?...

AMELIA.—(*Alzando la espalda.*) ¿Y tú? ¿Le has contado algo?

ALBERTO.—¡Yo, a nadie!... Yo no le digo nada a nadie. Ni a mi hijo, al que todo se lo cuento.

AMELIA.—¡Haces bien!... ¿Para qué habías de decírselo?...

ALBERTO.—A él, que de continuo reprocha mi conducta.

AMELIA.—¿Ah? ¿Conque te reprende?

ALBERTO.—Mucho. ¡Más que mi hijo parece mi hermano mayor!... ¡Es curioso, hasta le tengo cierto miedo!... ¡Y no puedo decirle que si busco amiguitas es porque tengo una mujer... que no es mi mujer!...

AMELIA.—(*Ha colocado unos muebles en línea recta, perpendicular a la batería, atravesando la escena por el medio. Pone una silla sobre una mesa, una gran maceta de flores en el suelo y todas las sillas juntas, una detrás de la otra.*) ¿Por qué no ha venido a comer hoy con nosotros?...

ALBERTO.—¿Quién?

AMELIA.—Tu hijo.

ALBERTO.—No lo sé.

AMELIA.—¡Debía haber avisado por lo menos! Es tonto. ¿Bueno, tienes algo más qué decirme?

ALBERTO.—¿Por qué?

AMELIA.—Porque está esperando Morell.

ALBERTO.—(*Suspirando.*) Ya puede pasar.

ESCENA IV

ALBERTO, AMELIA, MORELL.

AMELIA.—(*Dirigiéndose a la puerta del salón y abriéndola.*) Pase, Morell. ¿Ensayaremos aquí, si a usted le parece? (*A Alberto.*) No ensayamos en el salón grande porque espero la visita de la señora de Gondrecourt y quiero que estén los muebles en orden.

MORELL.—(*Entrando y besando la mano de Amelia.*) ¡Muy señora mía! (*Apretando la mano de Alberto.*) ¡Querido amigo!...

ALBERTO.—¿Cómo está usted?...

MORELL.—¡No lo sé!... ¡De verdad, no lo sé!... Estos últimos ensayos me tienen muy preocupado. Dentro de tres días se da la representación en casa de Belcourt, que es uno de los primeros salones de París, y estoy preocupadísimo...

AMELIA.—¡Por eso ha venido usted tan tarde!... ¡Las cinco menos diez..., siempre llega usted tarde!...

MORELL.—¡Es verdad, muy a menudo llego tarde, pero llego; hay tanta gente que se queda en el camino!...

ALBERTO.—¿Y es de usted la obrita que va a representar con mi mujer? ¿"Las familias reñidas"?

MORELL.—"Rivales"... Sí, es mía. ¿La ha leído usted?

ALBERTO.—No.

MORELL.—¡Es preciosa!... ¡Es la historia de dos familias que se odian y viven en constante pelea acuciadas por un rencor secular!... ¡Y el punto capital de la obra es que el hijo de los unos se enamora de la hija de los otros!...

ALBERTO.—¡Creo que Shakespeare tuvo la misma idea!...

MORELL.—¿Usted cree?..., gracias, gracias, me choca que haya coincidido conmigo ese señor.

AMELIA.—¡El joven es él, y la joven soy yo!...

ALBERTO.—¿Y las familias?

MORELL.—¡No se las ve!...

ALBERTO.—¡Qué lástima!..., ¡tiene usted mucho talento!...

MORELL.—¡Lo que tengo es facilidad, podría abordar el teatro y alcanzaría grandes éxitos, pero prefiero los salones, en ellos soy el dueño absoluto, sin rival! Y en los teatros hay tanto competidor... ¿Estuvo usted en la *soirée* de Margerie?...

ALBERTO.—Sí.

MORELL.—Es verdad, ahora lo recuerdo. Le vi a usted con su hijo. ¿Cómo está su hijo?

ALBERTO.—¡Muy bien, gracias!...

MORELL.—¡Salúdele en mi nombre! ¿Vió usted la obrita que representé con la condesa de Val-Souzon: "Corazón de criado"?

ALBERTO.—¿Ya lo creo..., hacía usted de lacayo?

MORELL.—¡Enamorado de la reina!... ¿Esta sí que es una idea, verdad?

ALBERTO.—¡Magnífica!... Y cantaba usted en la obra. ¿No?

MORELL.—Sí, unos cuplés. Soy un poco tenor.

ALBERTO.—Tiene usted una voz preciosa.

MORELL.—Es mi fuerza, ¿a qué negarlo?, la vida es para los tenores. ¡A los bajos no se les quiere, la llave de fa no abre el corazón de las mujeres! (*Ríe.*) ¡No es por alabarme, pero cuando canté aquello de "La reina se peina, se peina la reina", se puso en pie la mitad de la sala!...

ALBERTO.—Sí, ya me acuerdo, faltaban sillas...

MORELL.—¡Y al final qué aplausos!... ¡Todo el mundo tan contento!...

ALBERTO.—¡Ya lo creo!... ¡Contentos de que se hubiera acabado!...

MORELL.—Es usted mordaz, amigo, pero sus bromas no me molestan..., yo hago estas obritas para divertirme...

ALBERTO.—Ya pensaba yo que alguien se tenía que divertir con ellas.

MORELL.—Letournel...

ALBERTO.—Es mi manera de hablar, ¡usted lo sabe!...

AMELIA.—(*Que desde el otro lado del escenario hojeaba un manuscrito.*) ¿Han acabado ustedes de hablar?... Ensayamos o no.

MORELL.—Cuando usted guste.

ALBERTO.—¡Eso es, ensayen!... (*Se sienta de espaldas al público.*) ¡Deme usted el libro, yo apuntaré!...

MORELL.—¡Ah, no!... ¡No quiero que usted conozca la obra!... Es usted un crítico severo..., además, no quiero ensayar delante de nadie...

AMELIA.—Toma tus periódicos y vete a tu despacho.

ALBERTO.—Bueno. (*Se levanta, toma los periódicos, atraviesa el escenario y quita de su sitio una silla al irse.*)

MORELL.—¡Cuidado, que destroza usted la pared!...

ALBERTO.—Oh, perdón..., ¿eso es una pared?...

MORELL.—Sí, señor..., ¡las familias rivales habitan dos castillos vecinos y los dos parques están separados por una pared, y en la sombra de ella se dan cita los dos jóvenes!...

ALBERTO.—Bueno, pues que tengan ustedes buena sombra. (*Antes de salir.*) Oye, Amelia: Y ¿a qué viene la señora de Gondrecourt?

AMELIA.—¡Murió su marido hace poco, la soledad le pesa y ha pensado buscar otro, pero no sabe cuál escoger y viene a pedirme consejo!

ALBERTO.—¡Perfectamente!... ¡Se lo daré yo!... ¡Hasta luego!... (*Vase por la izquierda, chaflán.*)

ESCENA V

AMELIA, MORELL.

MORELL.—(*Corriendo hacia Amelia.*) ¡Al fin, sólos!...

AMELIA.—¡A ensayar!...

MORELL.—Amelia, le ad...

AMELIA.—Ensayemos...

MORELL.—Deje que le diga...

AMELIA.—Ensayemos...

MORELL.—(*Resignado.*) ¡Bueno!...

AMELA.—Y hágame el favor de pasar al otro lado de la pared...

MORELL.—(*Obedeciendo pasa al otro lado del escenario.*) ¡Ya estoy!

AMELIA.—(*En la izquierda, con su papel en la mano.*) Empiece usted.

MORELL. (*Declamando cómicamente.*)
Ya es hora, flor de jazmín,
de cantarte mis amores,
cual lo hacen los ruiseñores,
la alondra y el colorín.

AMELIA. (*Declamando cómicamente.*)
Ese cántico de amor
me está nublando la vista,
no olvides que es mi candor
casi prerrafaelista.

(*Interrumpiéndose.*) ¿Qué quiere decir Prerrafaelista?

MORELL.—¡No lo sé!...

AMELIA.—¿Que no lo sabe?...

MORELL.—No lo sé, pero es una palabra bonita y que llama la atención, por eso la he colocado ahí, en su divina boca...

AMELIA.—¡Silencio! (*Repitiendo los últimos versos.*)

No olvides que es mi candor
casi prerrafaelista.

MORELL. (*Declamando.*)
¡Rosalina..., Rosalina!

AMELIA. (*Declamando.*)
¿Qué quieres, bello Agénor?

MORELL. (*Declamando.*)
Estás mucho más monina
que en el ensayo anterior.

(*Saltando las sillas y pasando a la izquierda.*) ¡Si supiera usted, Amelia, lo desgraciado que soy! ¡Todo el día de ayer sin verla!... ¡No puedo vivir sin usted!...

AMELIA.—(*Que se impacienta.*) Haga usted el favor; continuemos el ensayo.

MORELL.—Continuemos. (*Declamando.*)
Rosalina, yo te quiero.
Ven que te estreche en mis brazos.

(*La abraza.*)

AMELIA.—(*Soltándose.*) ¿Qué hace usted?

MORELL.—Ensayo..., estoy ensayando.

AMELIA.—¡Pues su sitio está al otro lado de la pared, y, además, no tiene usted que abrazarme en este momento!...

MORELL.—¿Usted cree?...

AMELIA.—(*Enseñándole el manuscrito.*) Mírelo, aquí... no dice nada de eso.

MORELL.—¡Ah!, ¿no lo dice?, pues lo pongo...

AMELIA.—¿Por qué razón?

MORELL.—Porque siendo yo el autor de la obra tengo ese derecho. (*Coge un lápiz y escribe.*) "La besa, la abraza con pasión." ¡Ya está! Vamos a repetir esta escena.

AMELIA.—Es usted insoportable...

MORELL.—Soy un enamorado.

AMELIA.—¿Otra vez?

MORELL.—¡Siempre!...

AMELIA.—¡No le creo!...

MORELL.—¡Amelia!...

AMELIA.—No es culpa mía, es que soy escéptica...; para creer necesito pruebas. No me ha probado usted su amor...

MORELL.—¿De qué manera quiere usted que se lo demuestre?; diga, hable, ordene... (*Suspirando.*) ¿Desea usted una prueba de mi amor?...

AMELIA.—Sí...

MORELL.—Ya tengo una que es enorme, maquiavélica.

AMELIA.—Indíquela.

MORELL.—(*Sonriendo.*) La madre de la señora Belcourt ha fallecido el mes pasado.

AMELIA.—Y, ¿a qué recordar eso ahora?

MORELL.—¿No lo comprende usted? Los Belcourt están de luto riguroso y por lo tanto no pueden dar una *soirée,* ni pensarlo siquiera. Por consiguiente, la obra que estamos ensayando es sólo un motivo para vernos y hablar con usted.

AMELIA.—¡Pero mi marido recibió una invitación de los Belcuort!

MORELL.—Esa invitación, la única, la hice imprimir yo. Pasado mañana recibirán ustedes una tarjeta participándoles que, por razones de un inesperado luto, la *soirée* se ha aplazado...

AMELIA.—¿De modo que usted es el inventor de esta farsa de la representación teatral?

MORELL.—Sí, señora. Inventé esta farsa con el único fin de verla a usted una hora todas las tardes. ¿No es esto una prueba de amor?

AMELIA.—(*Bastante sorprendida.*) Confieso que...

MORELL.—(*Triunfante. Acercándose.*) ¡Amelia!... ¡Amelia!... Míreme usted con un poco de simpatía, estimúleme.

AMELIA.—(*Rechazándole.*) Yo soy una mujer muy honesta. Supongo que usted, señor Morell, no habrá pensado que yo puedo aceptar... semejante aventura...

MORELL.—Admitamos que he podido pensarlo...

AMELIA.—¡Qué majadería! Quizás alguna vez sea infiel a mi marido... ¡Todo puede suceder!... ¡Pero será sin saber por qué, ni dónde, ni cómo!... ¡Toda mujer puede tener cinco minutos de

extravío, cinco minutos trágicos!... ¡Pero yo ni lo pensaré ni lo prepararé!... Y acaso no suceda nunca, porque le repito, amigo Morell, que me creo una mujer honrada.

MORELL.—¡Yo soy un hombre tenaz, Amelia!...

AMELIA.—¡Y yo! Mi padre es bretón, ¿usted sabe?

MORELL.—¡Ya lo sé!... A propósito, ¿sigue viviendo en el Havre su papá?

AMELIA.—Sí, señor.

MORELL.—¿Se ven ustedes con poca frecuencia?

AMELIA.—No está en cariñosas relaciones con mi marido y...

MORELL.—(*Extrañado.*) Y ¿por qué? Si no es indiscreción.

AMELIA.—(*Riendo.*) Porque Alberto tiene un año más que papá... y esto le molesta a mi marido.

MORELL.—(*Pensativo.*) ¡Ah, ah!...

AMELIA.—¿Y a qué se debe tanta pregunta?

MORELL.—Nada, nada, Amelia, la adoro a usted y usted me adorará.

AMELIA.—¡Es posible, pero me extrañaría!...

MORELL.—¿Me deja usted que le bese la mano?

AMELIA.—No, señor.

MORELL.—Hágase cuenta de que estamos ensayando.

AMELIA.—(*Cansada.*) ¿Y después me dejará usted tranquila?...

MORELL.—Eso es como decirle a un pobre: Tome diez céntimos y no mendigue más en su vida.

AMELIA.—(*Sonriente y tendiéndole la mano.*) Tome los diez céntimos.

MORELL.—(*Contento.*) ¡La adoro a usted! (*Le besa la mano y luego la abraza por sorpresa. En este preciso momento Jorge entra por el fondo. Morell lo ve entrar y al momento finge estar ensayando la comedia como al principio de la escena.*)

¡Rosalina! ¡Rosalina!

AMELIA.—(*Extrañada.*) ¡Eh! ¿Qué dice?

MORELL.—(*Continuando.*)

La de la cara divina
y los labios como fuego.

AMELIA.—(*Que ha comprendido.*)

Agenor, cálmate, y luego
sigue el impulso titánico
de... de... de...

MORELL.—(*Con aire sorprendido, como si en aquel momento notase la presencia de Jorge.*) ¡Ah! Está aquí el hijo de su esposo de usted. ¡No le había visto!... ¿Qué tal?

ESCENA VI

JORGE, AMELIA, MORELL.

JORGE.—(*Dándole la mano.*) ¡Creí que eran versos lo que recitaban!...

MORELL.—¡Sí, señor, son versos!...

JORGE.—¡Ah!... ¡Por eso decía yo!... (*A Amelia.*) ¡Buenas tardes, mi querida madrastra! Y hasta me parece que los versos pegaban, como dicen los chicos; pero les ruego me dispensen si les he molestado...

AMELIA.—Habíamos concluido ya.

JORGE.—(*Observando las sillas.*) ¿Y qué significan las sillas en esa forma?

MORELL.—Esto es una pared, ¡una pared florida!...

JORGE.—¡Ah!, perfectamente (*A Amelia.*) ¿No está papá, mamá?

AMELIA.—Estará en su despacho, seguramente.

JORGE.—¡Ah! (*Y tranquilamente se sienta.*)

MORELL.—(*Acercándose a Jorge, después de una mirada a Amelia.*) ¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Parece que hay un matrimonio en perspectiva entre usted y Juana d'Aubigny?

JORGE.—Es posible.

AMELIA.—(*Sorprendida.*) ¿Cómo? ¿Y en casa no sabemos nada?

JORGE.—La idea de casarme fué de Jacobo Saint-Hilaire..., yo no dije que no, y esta noche me presentan a la familia de la muchacha. Quizás no salga nada decisivo, porque los casamientos, ya usted lo sabe, sólo se puede hablar de ellos después de realizados...

MORELL.—Juanita d'Aubigny es preciosa.

JORGE.—¡Monísima! ¿Pero quién le ha contado esto?

MORELL.—¡Los mismos d'Aubigny!... Son amigos míos íntimos, y le puedo asegurar que ven esa unión con muy buenos ojos...; ¡se comprende!... Es usted un excelente partido: joven..., serio..., formal...

AMELIA.—Muy formal y muy serio.

MORELL.—Un nombre ilustre, gran fortuna..., elegante, sin devaneos amorosos...

JORGE.—¡Nada de devaneos! (*Burlándose.*) No hago como usted...

MORELL.—¿Como yo?...

JORGE.—Era muy bonita la joven que estaba con usted la otra noche en la Opera... (*A Amelia.*) ¡Muy bonita! (*A Morell.*) Mi enhorabuena.

MORELL.—(*Muy molesto.*) ¡No hay de qué!... ¡Era mi hermana!...

JORGE.—¡Ah! Pues no se parecen ustedes absolutamente en nada.

MORELL.—¡No somos hijos del mismo padre!...

JORGE.—(*Riendo.*) ¿Está usted seguro de ello?

MORELL.—(*Para sí.*) ¿Será esto una insolencia?

ESCENA VII

DICHOS y ALBERTO.

ALBERTO.—(*Entrando por la izquierda, chaflán.*) Amelia, la señora de Gondrecourt está esperando desde hace un cuarto de hora, y yo ya no sé qué decirle ni de qué hablarle... ¿Quieres ir?

AMELIA.—Ahora mismo iré.

ALBERTO.—(*Al advertir la presencia de su hijo.*) Pero ¿estás aquí, Jorge? Buenas tardes.

JORGE.—Buenas tardes, padre.

ALBERTO.—¡Ay! ¡Me va a regañar!... (*A Morell.*) ¡Cuando Jorge quiere regañarme me llama padre!... ¡Cuando me pide dinero me llama papá!... ¿Sabes, Amelia, que la señora de Gondrecourt está más guapa desde la muerte de su esposo?... Cómo ha cambiado; parece que tiene diez años menos.

AMELIA.—¿Te ha dicho tu hijo que se casa?...

ALBERTO.—¿Que se casa? (*A Jorge.*) ¿Que te casas? Me alegro... (*A Morell, que se pone los guantes.*) ¿Ya se va usted?...

MORELL.—Ha terminado el ensayo. (*Dando la mano a Jorge.*) Adiós, querido. (*A Amelia.*) ¡Señora, mis más fervorosos respetos!... (*Le besa la mano.*)

ALBERTO.—(*Cogiendo a Morell del brazo y yendo con él hacia el foro.*) El ensayo con mi mujer va bien, ¿verdad?

MORELL.—Muy bien, pero todavía...

ALBERTO.—Es mucho trabajo para usted.

MORELL.—(*Sonriente.*) Nada de eso; estoy tan acostumbrado... Hasta luego, amigo Letournel.

ALBERTO.—Le acompaño. Lógicamente, no se puede llegar del primer impulso al acorde perfecto.

MORELL.—Pero llegaremos. (*Se van los dos por el fondo.*)

ESCENA VIII

JORGE y AMELIA.

AMELIA.—(*Colocando las sillas en su lugar.*) Estoy verdaderamente sorprendida...

JORGE.—(*El mismo juego.*) ¿De qué, madre?

AMELIA.—¡De que hayamos sabido por Morell la noticia de que usted se casa!

JORGE.—Repito que no se trata de casamiento, sino de un proyecto...

AMELIA.—Es igual...; para ese proyecto debía usted haber pedido el consejo de su padre, el mío.

JORGE.—¡Perdón!... Cuando usted se casó con mi padre, ¿me consultó usted a mí, madre?

AMELIA.—No es lo mismo. Usted es demasiado joven para casarse... La gente no se casa a su edad.

JORGE.—¿Y usted, madre?

AMELIA.—Ya le he dicho a usted muchas veces que no me llame madre. ¡Es ridículo!

JORGE.—¿Por qué? ¿No es usted la mujer de mi padre? Tengo que llamarla madre.

AMELIA.—Y usted, ¿por qué se casa?

JORGE.—(*Sentándose.*) Porque me aburre vivir solo. Quiero crearme un hogar. ¡Usted me echó del mío!

AMELIA.—¿Yo? ¿Por qué no siguió usted viviendo con nosotros? Se marchó usted de esta casa porque quiso.

JORGE.—Acaparó usted todas las habitaciones.

AMELIA.—Ya le dijimos que se alquilaría un piso mayor.

JORGE.—Es verdad; pero como yo tenía la costumbre de vivir con mi padre y nos entendíamos los dos divinamente, tuve miedo de que con usted... En fin, he preferido vivir solo.

AMELIA.—¿Y vive usted contento, bien?

JORGE.—¡Muy mal!... Por esto no estoy nunca en mi casa, y como mis gustos son caseros, mi vida es infernal. Por esta razón pienso en casarme. (*Pausa.*) Y ¿qué día es la *soirée?*

AMELIA.—(*Con la maceta que iba a volver a su sitio en los brazos.*) ¿Qué *soirée?*

JORGE.—La de la representación de la obra que está usted ensayando con ese pollo.

AMELIA.—(*Molestada.*) No lo sé a punto fijo.

JORGE.—¿Que no lo sabe usted?

AMELIA.—Será el lunes o el martes..., el martes próximo... ¿Por qué lo pregunta? ¿Piensa usted ir a vernos?

JORGE.—¡Si quiere usted proporcionarme una invitación!...

AMELIA.—Se lo diré a Morell.

ALBERTO.—(*Entrando por el foro.*) Pero, Amelia, ¿qué haces? ¿Todavía estás aquí?

AMELIA.—¿Qué pasa?

ALBERTO.—¡La señora de Gondrecourt!...

AMELIA.—¡Es verdad, se me había olvidado!

JORGE.—Vaya usted a verla, madre.

AMELIA.—¡No me llame usted así... (*Vase izquierda, chaflán.*)

ESCENA IX

JORGE y ALBERTO.

ALBERTO.—¿De modo, hijo mío, que piensas en casarte?

JORGE.—No hablemos de tonterías ahora, sino de cosas mucho más serias: Padre, el boticario de enfrente me ha dado esta carta abierta para ti; pero te la voy a leer yo mismo para avergonzarte más.

ALBERTO.—No, trae que la lea yo.

JORGE.—Está llena de insultos. Me la ha leído antes de dármela, y se la ha leído a todo el barrio. Ahí tienes la carta. Tu conducta es abominable. ¡De modo que estás haciendo el amor a la futura esposa de ese fabricante de píldoras! ¡Padre, tú que sólo cortejabas a las señoras del gran mundo! Y ahora dedicarte al comercio. Enamorado de una florista, y comprometida, además. ¡Es el colmo!

ALBERTO.—Hijo mío, es que yo me paso la vida haciendo obras de misericordia; cada vez que observo que una mujer va a caer en los brazos de un hombre que no la puede hacer feliz me interpongo, me sacrifico y la salvo. ¡Tengo muy buen corazón!

JORGE.—Lo que tú tienes es envidia, y no puedes ver que las mujeres guapas quieran a otro hombre que no seas tú.

ALBERTO.—¿Envidia yo? Altruísmo es lo que siento, y deseo de salvar al sexo femenino. Yo soy un altruísta.

JORGE.—Pero tú no puedes salvar a todas las mujeres del mundo, padre. Tú te olvidas de que eres un hombre casado.

ALBERTO.—Si soy un hombre casado es a consecuencia de otra buena acción.

JORGE.—Una buena acción que te ha puesto en ridículo, casándote con una mujer que podría ser tu hija.

ALBERTO.—¡Es verdad! ¿Y a qué viene todo esto?

JORGE.—Siéntate y escucha: Creo que en lugar de ir a coger fruta del cercado ajeno debías vigilar la de tu propio huerto.

ALBERTO.—¿Serías capaz de decir que mi mujer?...

JORGE.—No digo nada. Pienso, nada más, que tu mujer es un poco imprudente. Debes vigilar a Morell...

ALBERTO.—¿Por qué?

JORGE.—Porque corteja a tu mujer. ¿Lo quieres más claro?

ALBERTO.—¡Pero si es que están ensayando una comedia!

JORGE.—¿Una comedia?... Es posible que la estén ensayando. Pero lo cierto es que cuando yo entré aquí la realidad había eclipsado a la comedia.

ALBERTO.—Jorge..., confieso que has llegado a preocuparme... Me acabo de tomar un disgusto y tengo miedo de que me salgan cabellos blancos...

JORGE.—Eso depende del día o de los días que estés sin teñírtelos.

ALBERTO.—Hijo mío, no me ofendas.

(*Entra Amelia por el foro.*)

ESCENA X

JORGE, AMELIA, ALBERTO.

ALBERTO.—Aquí está Amelia; no podías llegar más oportunamente. Tenemos que hablar muy en serio, Amelia.

AMELIA.—(*Nerviosa.*) Yo también quiero hablar contigo muy seriamente.

ALBERTO.—Déjame que hable yo primero, puesto que soy el más ofendido.

AMELIA.—Habla, pero la única ultrajada soy yo. Empieza.

ALBERTO.—Empiezo. Lo primero que tengo que decirte es que "en lugar de ir a coger fruta del cercado ajeno vigilaré para que nadie me quite la de mi propio huerto". (*A Jorge.*) ¿Es esto?

JORGE.—¡Muy bien!

AMELIA.—¿Lo cual quiere decir que tú eres un libertino?

ALBERTO.—¿Yo?

AMELIA.—¡Claro, tú mismo confiesas que vas al cercado ajeno!...

ALBERTO.—No hagas caso de la primera parte de la frase. La he dicho entera porque así resulta más bonita. Ahora no se trata de mis pecadillos.

AMELIA.—¡Tus pecadillos son intolerables! No contento con perseguir a todas las señoras de la vecindad, se dedica a la persecución de mis propias visitas. Sepa usted, Jorge, que cuando yo entré en el salón encontré desmayada a la señora de Gondrecourt. Y

cuando ha vuelto en sí me ha dicho que su padre de usted era un grosero y un salvaje. ¡Qué vergüenza!...

ALBERTO.—Pero si total no le he dicho nada más que el hombre que ella quiere es un monedero falso, y se lo he dicho para separarlos, porque sé que no le conviene ese cariño.

AMELIA.—Otra vez la misma historia de siempre. De lo que tú tienes rabia es de que esa mujer, joven y guapa, sea de otro hombre.

JORGE.—¡Lo que yo te decía, papá!

ALBERTO.—Bueno, basta. Y lo que yo digo es que quería regañar a Amelia y ahora no sé ni lo que tengo que decir ni qué hacer.

JORGE.—(*Colocándose en medio de los dos.*) Mamá, lo que papá desea es que renuncie a estudiar comedias de salón.

ALBERTO.—¡Eso es!...

JORGE.—Déjame hablar a mí, papá. Estas comedias se prestan a que, en los ensayos, el galán adopte actitudes inconvenientes.

ALBERTO.—¡Eso es! Que el galán, o sea Morell, te haga el amor, por ejemplo.

AMELIA.—¿Tú has visto que Morell me hace el amor?

ALBERTO.—¡Lo ha visto mi hijo, que es mi sangre! ¡La sangre de mi sangre! ¡La honra de mi honra!

AMELIA.—Su hijo no puede haber visto nada, y sólo procura fomentar la guerra entre nosotros.

JORGE.—Eso no es cierto, mamá.

AMELIA.—Haga el favor de decirme señora.

JORGE.—Para mí es usted mi mamá.

AMELIA.—(*A Jorge.*) Es usted insoportable y odioso.

JORGE.—Señora, le suplico que use otro lenguaje.

AMELIA.—No se meta usted en lo que no le importa.

JORGE.—Se trata de la honra de los Letournel. Yo debo velar por ellos.

AMELIA.—Su padre tiene suficiente edad para vigilarla él solo.

ALBERTO.—En eso tiene razón.

JORGE.—Seguramente. (*Cogiendo el brazo derecho de su padre.*) Pero mi padre no le ha dicho a usted todo lo que piensa. No le ha dicho que desde las Cruzadas no ha habido un solo Letournel burlado.

ALBERTO.—(*A Jorge.*) ¡Desde las Cruzadas!

JORGE.—Eso dice la historia, papá. (*A Amelia, siempre cogido del brazo derecho de su padre.*) Y también deseaba decirle a usted mi padre que él no quiere ser el primero.

AMELIA.—(*A Alberto.*) ¿Eso lo dices tú?

ALBERTO.—Eso lo dice él, pero también lo digo yo.

AMELIA.—(*Cogiendo a su marido del brazo izquierdo, de manera que durante toda la escena Amelia y Jorge discuten teniendo a Al-*

berto entre los dos.) Pues bien, ahora lo que su papá no se atreve a decirle a usted se lo voy a decir yo: Es usted un hombre ridículo, un joven viejo, que no hace y no dice más que simplezas con una seriedad estúpida.

JORGE.—(*A su padre.*) ¿Tú opinas así?

ALBERTO.—Ella es la que lo dice, yo no he dicho nada.

AMELIA.—Mi vida es un infierno entre un marido que me engaña y un hijo que me odia. Por culpa de los dos acabaré haciendo una tontería, un disparate.

JORGE.—(*Asustado.*) Pero, ¿no la oyes, papá?

ALBERTO.—Sí, y me sorprende.

JORGE.—¿Que te sorprende nada más? Di que al oírlo te has encolerizado, te has puesto furioso, que estás a punto de morder.

ALBERTO.—¿Tú crees que debo llegar a ese extremo?

JORGE.—Claro. Para ensayar no es preciso estar abrazados. ¿Cree usted que yo soy tan bobo como mi padre?

ALBERTO.—Tienes razón, hijo mío.

AMELIA.—Usted no es un bobo, es un idiota.

JORGE.—¡Y aun me insulta!...

AMELIA.—Y le insultaré. Ha tenido usted la virtud de hacerme perder la paciencia; no sé lo que digo; no sé lo que hago y siento que se acercan los cinco minutos terribles, trágicos, definitivos. ¡De todo tendrá usted la culpa, imbécil!

JORGE.—¡Arpía!... Yo nunca he visto una arpía. pero estoy convencido de que debe ser una mujer como usted. (*Se va hacia el fondo.*)

AMELIA.—¡Imbécil!

(*Jorge hace mutis por el salón.*)

ESCENA XI

ALBERTO, AMELIA, luego LUISA.

ALBERTO.—(*Sentado y con mucha calma.*) ¡Dios mío! No sé por qué tomáis las cosas con tanto calor.

(*Suena el teléfono.*)

AMELIA.—¡El teléfono!...

ALBERTO.—Ya voy. (*Va al aparato.*) Diga... Sí... ¿Que me van a hablar desde el Havre? (*A Amelia.*) ¿Y quién me querrá hablar a mí desde el Havre? (*Al teléfono.*) Diga... ¿eh? Es para ti, Amelia, tu simpático padre te llama.

AMELIA.—(*Yendo al teléfono.*) ¡Papá, papá, sí, soy yo! Dime... ¿Eh?... ¿Quién es usted, señor mío? ¡Ay, Virgen santa!

ALBERTO.—A ver si es que se ha muerto; pero si se hubiera muerto no telefonearía.

AMELIA.—Sí, sí..., sí... ¿Pero por qué te vas a América, papá?

ALBERTO.—¿Que se va a América tu padre? (*Quiere coger el otro auricular.*)

AMELIA.—(*Cogiendo los dos.*) No oigo bien, deja. (*Al aparato.*) ¿Quieres que vaya a verte esta misma noche? ¿Que mañana al mediodía puedo estar de vuelta en París? ¡Oh! Sí, sí. (*A Alberto.*) Papá se va mañana a Nueva York y quiere abrazarme antes de embarcar. Como supongo que tú no tendrás interés en saludarlo, te pido permiso para ir yo sola.

ALBERTO.—¿Y cuándo volverás?

AMELIA.—Mañana al mediodía, si puedo irme esta misma tarde.

ALBERTO.—Son las seis y media.

AMELIA.—El tren sale a las siete y diez. (*Al teléfono.*) Papá... Voy en seguida. ¡Un beso por adelantado! (*Deja el aparato.*) ¿Luisa? (*Luisa entra.*) Mete en mi maletín una camisa de dormir, tráeme el abrigo, el sombrero... y que el criado vaya a buscar un auto. (*Luisa vase izquierda. Amelia se arregla el peinado ante el espejo. Pausa larga.*)

ALBERTO.—¿Quieres que te acompañe a la estación?

AMELIA.—No hace falta que te molestes. Además, por el camino me hablarías mal de mi padre y acabaríamos regañando. Voy muy bien solita.

ALBERTO.—¡Estás nerviosa!...

AMELIA.—(*Mordiendo el pañuelo.*) ¡Mucho!...

ALBERTO.—Lo comprendo. Es la primera vez que viajas sola...

AMELIA.—Eso es, esta noche será la primera vez...

ALBERTO.—¿Y no tienes miedo de descarrilar?

AMELIA.—¿Quién sabe? Podría ocurrir.

LUISA.—(*Por la izquierda.*) Aquí está lo que ha pedido la señora..., maletín, abrigo y sombrero... (*La ayuda a ponérselo.*) El criado ha ido a buscar el auto.

AMELIA.—(*Arreglándose.*) Gracias. (*Luisa se va por el fondo con el maletín en la mano.*) Me voy corriendo. Hasta mañana, Alberto.

ALBERTO.—Adiós, Amelia. (*Intenta darle un beso y ella le rechaza.*) Abrígate bien, en el Havre el aire del mar es muy malo.

AMELIA.—Puedes estar tranquilo.. (*Jorge entra en el salón.*) Que usted lo pase bien.

JORGE.—(*Sorprendido.*) ¿Va usted de viaje?

ALBERTO.—Sí, se va al Havre para dar un abrazo a su padre que embarca mañana para Nueva York.

JORGE.—Pues, hasta la vista...

ALBERTO.—¡Ah! (*A Amelia.*) Supongo que al llegar me pondrás un telegrama.

AMELIA.—(*Sorprendida.*) ¡Ah!

ALBERTO.—¿Qué?

AMELIA.—No sé si el telégrafo estará todavía abierto.

JORGE.—Sí, señora, en el Havre el servicio es permanente.

AMELIA.—Entonces te telegrafiaré. ¡Hasta la vista!

ALBERTO.—Te acompaño hasta la puerta. (*Mutis de los dos por el fondo.*)

ESCENA XII

ALBERTO y JORGE.

JORGE.—(*Queda solo un momento reflexionando. Pausa. A Alberto, que vuelve.*) ¿Por qué no vas al Havre con tu mujer?

ALBERTO.—¡Qué cosas tienes! ¿No sabes que estoy reñido con mi suegro?

JORGE.—¿Y tu suegro se va así, de repente, a Nueva York?

ALBERTO.—Mañana por la mañana.

JORGE.—¿Y hasta hace un momento ella no sabía nada?

ALBERTO.—No. Le ha telefoneado su padre ahora mismo, delante de mí...

JORGE.—¡Ah!

ALBERTO.—¿Qué quiere decir ese ¡ah!?

JORGE.—Nada. ¿Y cuándo vuelve tu esposa?

ALBERTO.—Mañana al mediodía.

JORGE.—¡Muy bien!

ALBERTO.—Estoy como un soltero por veinticuatro horas. Esta noche podemos cenar juntos y luego iremos a un cabaret a bailar tangos, ¿quieres, hijo? ¡Hace tanto tiempo que no he hecho el calavera! ¿Me acompañas? Yo convido ¿Iremos?

JORGE.—No puedo; a las nueve tengo una cita con la familia de mi prometida.

ALBERTO.—¿De veras? Pues mira... iré contigo. ¡Soy tu padre y no hará mal efecto que te acompañe!...

JORGE.—Claro que no, pero...

ALBERTO.—Si no te gusta que vaya contigo, no iré. Cenaremos juntos y luego me distraeré solo en cualquier parte. Espérame o ven a buscarme a las ocho, que ya estaré vestido. (*Abre la puerta del fondo y llama.*) ¡Luisa! Que me prepare el criado el smocking y que me compre ahí enfrente una gardenia. (*Cierra la puerta y al volverse ve a Jorge que mira una guía de ferrocarriles.*) ¿Qué buscas?

JORGE.—Nada.

ALBERTO.—Tú no sabes lo que es una noche de libertad. (*Se va a su cuarto cantando y bailando al compás.*)

ESCENA XIII

JORGE y FANNY.

JORGE.—(*Hojeando la guía.*) ¡Pero si ahora no hay tren para el Havre! ¿Dónde habrá ido esa mujer?... Vamos a verlo. (*Reflexiona y va al teléfono.*) Central, 4-96 de Passy. Gracias. (*Pausa.*) ¿Es la casa del señor Morell? ¿Está el señor?... ¿Que acaba de salir hace un momento? ¿Volverá a cenar?... ¿Que no? Ha dejado dicho que hasta mañana al mediodía no volverá a casa. Muy bien... ¿Que quién soy? El presidente de la república. (*Deja el teléfono.*) Ahora se trata de saber a dónde han ido.

FANNY.—(*Entrando precipitadamente por el foro.*) ¿El señor Letournel?...

JORGE.—Servidor de usted.

FANNY.—Muy señor mío: en este momento su señora está en vías de cometer una mala acción.

JORGE.—Caramba, primero, buenas noches, señora. Yo la conozco a usted.

FANNY.—¿A mí? ¿Que usted me conoce?

JORGE.—¿No estaba usted la otra noche en la Opera con un vestido mandarina y oro y con un escote en forma de corazón que llegaba mucho más abajo del corazón?

FANNY.—¡Hay tantos corazones al descubierto con los vestidos de moda!

JORGE.—¿No es usted la amiga íntima del señor Morell?

FANNY.—Servidora: Fanny Abril.

JORGE.—Es usted tan linda como su apellido.

FANNY.—¡En este momento no estoy para flores! He venido para; no sé por qué he venido.

JORGE.—¡Ni yo tampoco!

FANNY.—¡Qué joven es usted, señor Letournel!

JORGE.—Es que yo soy el hijo del señor Letournel, Jorge Letournel, y usted seguramente preguntaba por mi padre, que es Alberto Letournel. ¿Verdad? Yo soy soltero.

FANNY.—Eso es; usted perdone. Entonces es su mamá...

JORGE.—Mi madre era una santa... Se trata de mi madrastra, ¿comprende usted?

FANNY.—¿Es vieja?

JORGE.—Muy joven. Felizmente me ha encontrado usted a mí en lugar de encontrarse con mi padre, que es muy impresionable... Si llega usted a decirle a él lo que me ha dicho a mí su corazón puede que no hubiese resistido al infortunio.

FANNY.—¿Sí? ¡Dios mío!

JORGE.—Pero no tema usted nada; no pasará nada. Se lo aseguro. Siéntese.

FANNY.—(*Se sienta.*) Gracias.

JORGE.—¿Usted sabe dónde se encuentran los culpables?

FANNY.—¡Ya lo creo que lo sé!

JORGE.—Voy allá corriendo. ¿Dónde están? (*Pasea sin dirección, agitadísimo.*)

FANNY.—No se ponga usted nervioso, que ya lo estoy bastante, y verle a usted así me empeora.

JORGE.—Hable, pero pronto. No quiero que los culpables tengan tiempo para nada.

FANNY.—De eso precisamente se trata.

JORGE.—¿Quiere usted que seamos aliados?

FANNY.—(*Dándole la mano.*) Confianza...

JORGE.—Y discreción...; la escucho a usted, hable. (*Se sienta junto a ella.*)

FANNY.—Yo vivo a dos pasos de esta casa, y hace un momento, desde mi gabinete, pedí por teléfono comunicación con el 4-96 de Passy.

JORGE.—¿El número de Morell?

FANNY.—Sí, señor, que estaba comunicando; pero la central, distraída, también a mí me puso en comunicación.

JORGE.—Eso pasa con mucha frecuencia. Eran ustedes tres en un mismo hilo.

FANNY.—Eso es: yo, Morell y la señora de Letournel... Yo iba a hablar cuando oí la voz de otra mujer que hablaba con Morell, y él le decía: Dígame papá... Llámeme papá... Tutéeme... Y ella contestaba. Sí..., papá, sí. Y él añadía: Dígale a su marido que soy su papá, del Havre, que mañana salgo para Nueva York y que quiero abrazarla antes de embarcar...; salga sola..., tome un auto... y en la esquina de la calle estaré yo con mi coche y pasaremos la noche en Versalles.

JORGE.—¡Me voy allí corriendo! (*Se levanta y Fanny le sujeta por la americana, haciéndole sentarse de nuevo.*)

FANNY.—También le oí que decía: En el Hotel des Reservoirs tengo habitación preparada, y después sonó un beso, no quise oír más, y sin pensarlo me vestí y me fuí a casa de Morell. Ya no estaba cuando llegue.

JORGE.—¿Y por qué no ha ido usted a Versalles?

FANNY.—¡Por que no quiero regañar con Morell!

JORGE.—¿Tanto le quiere usted?

FANNY.—No le quiero, pero como es casi millonario.

JORGE.—¿Y cómo ha sabido usted que se trataba de la señora de Letournel?

FANNY.—¡Por que por teléfono decía: Amelia, y sé desde hace días que ensaya una comedia con la señora Amelia de Letournel y Amelia es el nombre que tiene siempre en los labios!...

JORGE.—Amiga mía. ¡Quédese usted aquí y tendrá ocasión de vengarse!

FANNY.—¿Con quién?

JORGE.—Con persona de su gusto, se lo garantizo, con mi papá, pero ni una palabra de este asunto...

FANNY.—Ya lo sé, su corazón no podría resistir al infortunio.

JORGE.—Y yo corro a Versalles. ¡Son 17 kilómetros!... ¡Estaré allí antes de media hora!

FANNY.—¿Tiene usted auto?

JORGE.—¡Lo alquilo!...

FANNY.—¿Quiere usted dinero?

JORGE.—Tengo de sobra. Le juro que no ocurrirá nada. Yo velo por el honor de los Letournel. Gracias por sus indicaciones y no se mueva de aquí que ahora viene papá. (*Mutis corriendo.*)

ESCENA XIV

FANNY y ALBERTO.

ALBERTO.—(*Por la derecha, vestido de* smoking.) ¡Escucha, hijo mío!... (*Extrañado.*) ¿Caramba, una mujer aquí?

FANNY.—¡Caballero!... ¡Mi amigo me engaña!... ¡Todo lo he dejado por él y él me engaña!... ¡No puedo decirle a usted quién es, porque su corazón no resistiría al infortunio! ¡Y tampoco puedo reñir con él, porque perdería diez mil francos que me da todos los meses y un collar de perlas que me ha ofrecido para cuando se cumpla el primer trimestre de nuestro amor!... ¡Qué situación!... ¡Estoy desesperada!... ¡Buenas noches, caballero!

ALBERTO.—¡Buenas noches!

FANNY.—¿Es usted el señor Letournel padre?

ALBERTO.—El mismo... Pero, ¿por qué está usted tan emocionada?

FANNY.—¡Ya se lo he dicho, soy una víctima del amor!...

ALBERTO.—¡Ah! Usted vivirá por aquí cerca, conocerá mi reputación y viene a buscar consuelo, ¿no es eso? ¡Muy bien! ¡Es usted muy bonita! Hoy está mi mujer de viaje. ¿Si quiere usted venir a cenar conmigo?

FANNY.—¡Es una idea!...

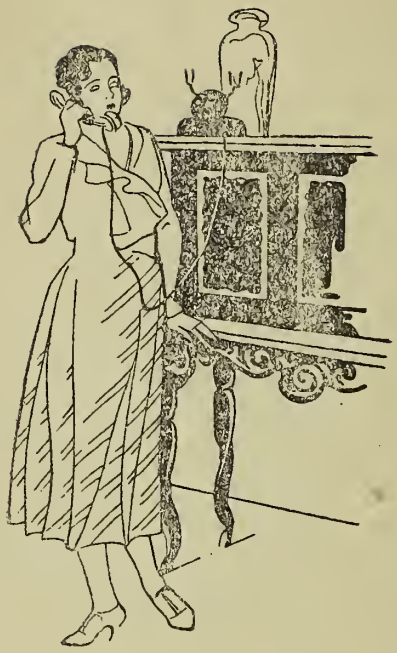
ALBERTO.—Pero antes de ir a cenar tomaremos una copita de Oporto.

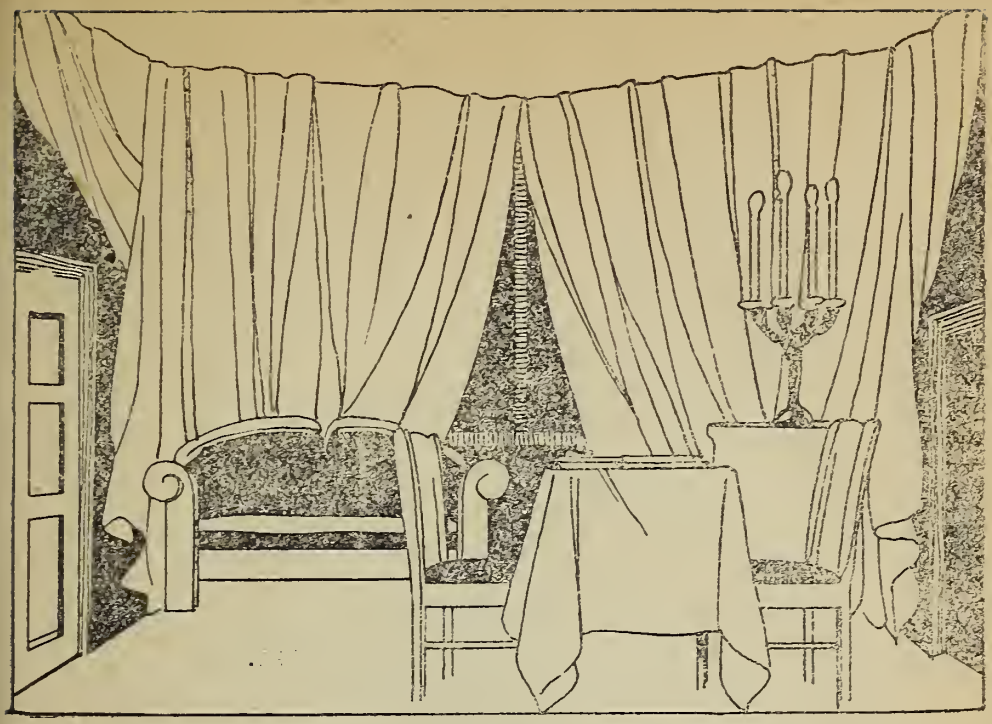
FANNY.—Como usted guste.

ALBERTO.—(*Llamando.*) Luisa, Luisa. (*Acariciando el mentón de Fanny.*) Tiene usted una cara de nácar y una piel de seda. (*En el foro.*) Luisa traiga la botella de Oporto y dos copas... (*Volviendo junto a Fanny.*) No tiene punto de comparación con la florista. ¿Quiere usted que nos vayamos a Versalles?

FANNY.—(*Dando un salto.*) No, a Versalles no. ¡De ninguna manera!... ¡Aquí! (*Le sienta violentamente.*)

TELON





ACTO SEGUNDO

Una hora más tarde. En Versalles, "Hotel des Reservoirs", gabinete reservado, con puerta a la izquierda, primer término. Al fondo gran ventanal que da al jardín. A la derecha, segundo término, puerta de entrada que da a un pasillo. Mesa servida para dos cubiertos, en medio de la escena, un poco a la derecha. A la izquierda una *chaise-longue*. A la derecha, primer término, una consola. Luz en el techo y apliques encendidos en las paredes. En el jardín, claro de luna. Son las ocho y media de la noche. Antes de que se levante el telón se oye que toca una orquesta la marcha nupcial de Lohengrín y la música, con sordina, cesará cuando lo indique el texto.

ESCENA PRIMERA

MAITRE, MORELL, AMELIA.

(Al alzarse el telón, la escena está sola, y a poco se abre la puerta de la derecha, y el Maitre d'Hotel entra acompañando a Amelia y Morell. Se quitan los abrigos, etc., etc.)

MAITRE.—Este es el gabinete que he reservado para usted, señor de Morell. Es el más bonito del hotel...

MORELL.—Me gusta.

MAITRE.—(*Señalando a la izquierda.*) Ya debe usted conocerlo... La alcoba...

MORELL.—¡ Chisst !

MAITRE.—Ni una palabra más. (*Sonriente.*) ¿No oye usted, señor?

MORELL.—¿El qué?

MAITRE.—¡ Los tziganes !... La marcha nupcial de Lohengrín. He dado orden al director para que a la llegada de ustedes tocaran ese bello trozo de música. A las nueve y cuarto oirán ustedes el fox-trot americano "Champagne, champagne, bebe champagne". A las nueve y media "The Kiss Waltz". El Vals de los Besos.

MORELL.—Eso es tener bien en cuenta los detalles.

MAITRE.—¡ Como siempre !

MORELL.—Mi adorada Amelia, ya estamos en Versalles.

AMELIA.—Ya lo sé.

MORELL.—Es bonito, ¿verdad?

AMELIA.—¿El qué?

MORELL.—La música.

AMELIA.—Sí.

MAITRE.—(*A Morell.*) ¡ Está asustada, es una de las mujeres más bonitas que el señor de Morell ha traído aquí !...

MORELL.—¡ Chist !... ¿Tiene ahí la carta?

MAITRE.—(*Sacándola de su bolsillo.*) Sí, señor..., a sus órdenes...

MORELL.—Preséntasela a la señora...

MAITRE.—Muy bien, señor.

AMELIA.—(*Cogiendo la carta, exclama.*) ¡ Ay, Dios mío !

MAITRE.—¿Qué plato puede hacerle suspirar?

MORELL.—Amelia mía, ¿por qué esa exclamación?

AMELIA.—Porque le ofrecí a mi marido enviarle un telegrama en el momento de mi llegada.

MORELL.—Pues eso pronto estará arreglado. (*Al Maitre.*) ¿Quiere hacer el favor de decir que suba un botones?

AMELIA.—Pero..., ¿está usted loco?

MORELL.—¿Por qué?

AMELIA.—¡ Estaría fechado en Versalles, y como estoy en el Havre !...

MORELL.—¡ Es verdad !... ¿Cómo lo arreglaremos?

AMELIA.—Eso quisiera yo saber.

MORELL.—Tengo una idea: en lugar de telegrafiar, podemos telefonearle...

AMELIA.—¿Y qué?

MORELL.—Usted lo llama y le dice: Soy yo, Amelia, que acabo de llegar al Havre.

AMELIA.—Muy bien, pero la señorita de teléfonos al llamar tendrá que decirle. Señor, le llaman a conferencia desde Versalles.

MORELL.—¡Tiene razón! ¡Pero supongo que usted no querrá que vayamos al Havre!...

AMELIA.—Claro que no, pero podemos enviar a alguien.

MORELL.—¿Ahora mismo?

AMELIA.—Naturalmente. ¿Tiene usted su auto en la calle?

MORELL.—Desde luego, sí.

AMELIA.—¡Pues que el Maitre d'Hotel lo tome, vaya al Havre, ponga el telegrama y vuelva!...

MAITRE.—(*Con mucha amabilidad.*) ¡Yo, señora, no puedo ir, me es imposible!

AMELIA.—¿Por qué? (*Cesa de tocar la música dentro.*)

MAITRE.—Hasta las once estoy de servicio en el hotel.

MORELL.—(*Impaciente.*) Pero, Amelia, ese telegrama es tan necesario.

AMELIA.—¿Cómo necesario? ¡Es indispensable!

MORELL.—Bueno, bueno, pues mandaré a mi *chauffeur* y él lo pondrá desde el Havre. (*Va a la mesa y se dispone a escribir.*) La dirección es: Letournel, calle Fortuny 103, París.

AMELIA.—Ponga usted: Alberto Letournel. (*A sí misma.*) No vaya a ser su hijo el que lo reciba.

MORELL.—Está bien. Vaya dictando.

AMELIA.—"Llegada bien; pienso en ti, Amelia".

MAITRE.—"Pienso en ti", tiene gracia.

MORELL.—(*Al Maitre, secamente.*) Señor Maitre d'Hotel...

MAITRE.—¡Perdone!

MORELL.—¡Tiene razón el Maitre, "pienso en ti", es un poco exagerado!...

AMELIA.—Entonces, ¿qué pongo?

MORELL.—No lo sé.

AMELIA.—Ponga: "Tu mujer que te estima".

MORELL.—¡Ah, no; eso de ninguna manera, yo no escribo esto!...

MAITRE.—Créanme a mí y pónganle: "He llegado bien al Havre, el mar con mucho oleaje".

AMELIA.—Nada, nada, escriba: "Llegado bien, saludos papá. Amelia".

MORELL.—(*Escribiendo.*) "Papá bien, Amelia". Y pensar que por esas cuatro palabras mi auto tiene que recorrer doscientos kilómetros de ida y doscientos de vuelta.

AMELIA.—¡Si usted quiere, se los pagaré!...

MORELL.—No se trata de eso. Pienso en la cara que va a poner mi *chauffeur* cuando le dé la orden. Vuelvo en seguida, vaya haciendo el menú. Sin ninguna avería este telegrama me costará más de mil francos. Son muy caras las mujeres casadas. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA II

AMELIA, MAITRE, y luego, MORELL.

MAITRE.—Aquí tiene la señora la lista. Si tiene la bondad de escoger...

AMELIA.—¿De qué se ríe?

MAITRE.—De lo del telegrama. Me acuerdo todavía del "Pienso en ti"... ¡Es delicioso!

AMELIA.—¡Pues olvídelo!... (*Leyendo la carta.*) ¿Qué es eso de "Croustades Raspoutine?

MAITRE.—Es una mezcla de pasta de almendras a la "Montespan", trozos de hígados de perdices a la "Perigord", salsa "Tinkwill", patatas "Mistinguet" y berenjenas a lo San Vicente de Paúl...

AMELIA.—Pues en vista de eso, traígame dos huevos al plato. Y esto del contrafilete a lo Wáshington, ¿qué es?

MAITRE.—Foie-gras, aceitunas machacadas, higos, pasas, mollejas de ternera, picadillo de cerdo y trufas.

AMELIA.—Nada de todo esto. Un ala de pollo frío y jamón de York.

MAITRE.—¿No quiere nada más la señora?

AMELIA.—Un consommé para empezar.

MAITRE.—(*Señalando la puerta de la izquierda.*) Si la señora desea quitarse el sombrero o arreglarse el cabello, puede pasar ahí.

AMELIA.—¿Qué hay ahí dentro?

MAITRE.—Es un cuarto monísimo, el más lindo del hotel. ¿Quiere verlo la señora?... Toda la alcoba es Luis XV.

AMELIA.—Yo no tengo nada que ver allí..., sin embargo, colgaré el abrigo. (*Mutis izquierda.*)

MAITRE.—Me parece que este no es un adulterio por amor..., sino por conveniencia.

MORELL.—(*Entrando por la derecha.*) Y la señora, ¿dónde está?

MAITRE.—En la alcoba... Está quitándose el abrigo y el sombrero. Es todo lo que se puede quitar antes de la cena. Le felicito al señor. Esa mujer está loca por usted.

MORELL.—Quiere decir que...

MAITRE.—Pobre señor Letournel...

MORELL.—¿Le conoce usted?

MAITRE.—Le conozco por el telegrama. "Pienso en ti". ¡Definitivo, señor!

MORELL.—¿Ha hecho la señora el menú?

MAITRE.—¡Para ella nada más!

MORELL.—Pues traiga pronto la cena. Yo, comeré lo de siempre. Entremeses, consommé, lenguados y una perdiz. Los vinos a tu gusto.

MAITRE.—Antes de diez minutos estará aquí todo.

ESCENA III

MORELL, AMELIA y el MAITRE, que entra y sale cuando lo indica el diálogo.

AMELIA.—¿Conoce al Maitre d'Hotel?... Le llama usted por su nombre...

MORELL.—¡Sí, le conozco hace tiempo!

AMELIA.—Eso quiere decir que viene usted aquí muy a menudo... ¿Es con mujeres?

MORELL.—Le juro que usted es mi único amor, que...

AMELIA.—¡Me es igual!

MORELL.—(*Pretendiendo abrazarla.*) ¡Mi Amelia!... ¡Vida mía!...

AMELIA.—¡Le suplico que no vuelva a empezar como en el automóvil!

MORELL.—Son las ocho y media. ¡Antes de cinco minutos traerán los entremeses!

AMELIA.—¿Y qué?

MORELL.—¿Que si durante los entremeses, no me deja usted darle un abrazo, como quiere usted, qué?

AMELIA.—¿Qué?

MORELL.—¿Qué a los postres pueda besarla con pasión?

AMELIA.—Está usted loco, señor Morell. ¡Es usted más impaciente aún que mi marido!

MORELL.—¿Qué quiere decir eso?

AMELIA.—Nada. Decididamente, no soy una mujer de suerte. Tanto como a mí me gusta que me cortejen mucho tiempo.

MORELL.—Pero si hace ya un mes que no dejo de hacerlo...

AMELIA.—¡Pues, continúe..., siga!

MORELL.—Es demasiado broma la de venir a Versalles, alquilar un reservado y encargar una cena..., para ir... siguiendo. ¡No pensaba yo eso cuando le he telefoneado!

AMELIA.—¡Es que entonces estaba yo en los cinco minutos trágicos. En los famosos cinco minutos en que las mujeres estamos dispuestas a todo. Pero ya han transcurrido dos horas, y ¡figúrese dónde estarán aquellos cinco minutos!...

MAITRE.—(*Detrás de la mesa, después de servir el consommé.*) ¡La señora de Letournel está servida!

AMELIA.—¿Usted sabe mi nombre?

MAITRE.—Por el telegrama. "Letournel, calle Fortuny, 103. "Pienso en ti". Lo he dicho en la cocina, y aún se están riendo. El *Chef* ha echado a perder tres tortillas. (*Mutis riendo.*)

AMELIA.—Es un poco insolente este camarero.

MORELL.—No haga usted caso, vida mía. A cenar y pensemos sólo en nosotros. (*Pretende abrazarla.*)

AMELIA.—Estese usted quieto. (*Resistiéndose. Se sientan a la mesa y se oyen los acordes de un fox-trot.*)

MORELL.—Qué música tan alegre. Es un fox que se titula "Champagne, champagne, bebe champagne". ¿Quiere usted que obedezcamos a la música?

AMELIA.—¡No tengo sed!... Y no se ilusione, porque yo no tengo motivo alguno para ser infiel a mi esposo...

MORELL.—Para ser infiel a su marido tiene usted una razón suprema. Es un viejo. Y si los viejos dan en la manía de casarse con muchachas jóvenes, esto va a ser el bolcheviquismo, la anarquía, el caos. Letournel es un viejo, y en cambio yo, soy un hombre joven. Buen sastre, buen zapatero..., buen tipo... Soy el hombre ideal para interesar a una mujer casada. Tengo veinticinco años, todos mis dientes, y todavía algunas ilusiones.

AMELIA.—Sería mejor que tuviera usted todas sus ilusiones, y todavía algunos dientes.

MORELL.—Tiene usted ingenio. Usted y yo somos iguales, tenemos los mismos gustos.

MAITRE.—(*Sirviendo.*) Los huevos de la señora y los lenguados del señor.

AMELIA.—¿Los mismos gustos, y come usted lenguados?

MORELL.—¡Maitre, retire los lenguados y traígame lo mismo que a la señora!

MAITRE.—¡Eso es ser un hombre de mundo! (*Mutis.*)

MORELL.—Hasta el Maitre lo dice. ¿Quiere usted darme parte de su plato?

AMELIA.—¡Tómelo todo. No tengo gana!

MORELL.—Ahora a beber. (*Lo hacen.*) No sabe usted lo feliz que yo me encuentro a su lado. Lo dichosa que será usted conmigo. La quiero arrancar de las garras de ese viejo loco y del idiota de su hijo. No puedo ver a ese joven.

AMELIA.—¡Ni yo tampoco!

MORELL.—Siempre parece que está en son de burla, habla con un aire de protección y de suficiencia. No lo puedo aguantar.

AMELIA.—(*Animándose.*) Ni yo, mi vida es insoportable, y ese niño tiene la culpa de ello. Pero, me vengaré. ¡Por causa de Jorge, estoy aquí!

MORELL.—¿Por causa de Jorge?

AMELIA.—¿Sabe por qué razón le he dicho que sí, que vendría, cuando usted me ha telefoneado?

MORELL.—Porque está usted loca por mí.

AMELIA.—No, señor. Porque en aquel momento me estaban insultando de una manera indigna... ¿Y sabe quién me insultaba?

MORELL.—¿Su marido?

AMELIA.—No. Su hijo. Esos insultos del hijo me dan motivos para ser infiel al padre. Morell, deme usted un abrazo. Aprovéchese..., estoy en los cinco minutos fatídicos.

MORELL.—(*Lanzándose hacia ella.*) No perdamos un segundo. Cinco minutos de parada y fonda.

ESCENA IV

DICHOS, MAITRE, y luego, JORGE.

MAITRE.—¡El marido!

AMELIA.—¿Eh?

MAITRE.—Letournel, 103, calle Fortuny. Ya está aquí...

MORELL.—¿Qué dice usted?

MAITRE.—¡Viene en auto!... "Pienso en ti". ¡Piensen en ustedes, quiero decir!

AMELIA.—Maitre..., hable claro, en nombre del cielo. Explíquese.

MAITRE.—Nada tengo que explicar. ¡El señor Letournel, el marido de la señora, acaba de llegar en automóvil y pregunta si la señora lo puede recibir inmediatamente!

MORELL.—¡Nos ha cogido infraganti!

AMELIA.—¡Es horrible!... ¿Hay que huir, por dónde?

MORELL.—Eso es, eso es..., huyamos. Pero, bien podía haber tardado cinco minutos más en llegar. (*Morell pretende huir por la izquierda, y en aquel momento Jorge entra por la derecha.*)

JORGE.—No se vaya, señor Morell, porque tengo que decirle dos palabras.

MORELL.—(*Morell se vuelve y ve a Jorge.*) ¡Usted!... ¿Pero, es usted?

AMELIA.—¡Jorge!

MAITRE.—Tan joven y tan desgraciado... Qué lástima.

MORELL.—(*Que no sabe qué decir.*) ¿Qué tal?... ¿Qué tal el viaje?

JORGE.—(*Secamente.*) Señor mío...

MAITRE.—¿Pongo otro cubierto?

JORGE.—¡Retírese!

MAITRE.—A sus órdenes. (*Se va después de haber recogido los cuchillos de la mesa.*)

ESCENA V

JORGE, MORELL y AMELIA.

JORGE.—Señora... Si todos los viajes que anuncia para el Havre son como éste, no debe usted saber lo que es un puerto de mar.

MORELL.—Esa es la primera vez que esta señora ha ido al Havre.

JORGE.—¿Usted, qué sabe?

MORELL.—¡Lo supongo!

JORGE.—¡Yo estoy seguro, y por eso los he perseguido, y aquí estoy entre los dos!

AMELIA.—(*Enfadada.*) Siempre usted. ¿Y por qué no ha venido su padre?

JORGE.—Porque él no sabe nada, señora; afortunadamente lo he sabido yo solo, y yo vengo a salvar el honor de los Letournel. Llego a tiempo. Veo que apenas han empezado a cenar. (*Quitándose los guantes y sentándose.*) Ahora hablemos. Supongo, señora, que su presencia en este hotel se deberá a un momento irreflexivo de su cerebro de pájaro.

AMELIA.—¿Qué quiere decir eso de irreflexión?

JORGE.—Quiere decir que si lo hubiese usted pensado no hubiese escogido a un payaso para hacerle compañía.

MORELL.—(*Furioso.*) ¡Caballero!

JORGE.—No hablo con usted.

MORELL.—¡Pero habla usted de mí!

JORGE.—¡No escuche, y márchese!

MORELL.—Abusa usted de la superioridad que le da la situación, y eso no está bien. Usted no es el marido de esta señora, y no tiene sobre ella ningún derecho. Además, ¿pretende usted echarme de aquí?

JORGE.—¡Justamente!... Y si no se va usted por la puerta, yo mismo le echaré por el balcón.

MORELL.—(*A Amelia.*) Amiga mía: Usted es la que ordena. Dígame lo que tengo que hacer.

AMELIA.—Irse.

MORELL.—Pero, volveré.

JORGE.—Dentro de diez minutos puede hacerlo.

MORELL.—Muy bien... Voy a fumarme este cigarro al jardín. Es un cigarro que dura diez minutos justos y me servirá de reloj. (*Se dirige a la puerta; enciende muchos fósforos, que todos se apagan o no se encienden.*)

JORGE.—¿Quiere usted otra caja de cerillas?... Ya encenderá en el jardín.

MORELL.—Hasta dentro de diez minutos. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA VI

JORGE y AMELIA.

(*Jorge, que se ha quitado el abrigo, pasea agitadísimo.*)

AMELIA.—Puede usted empezar cuando quiera.

JORGE.—No acabo de entender su cinismo. La tranquilidad que usted tiene me espanta. (*Pausa.*)

AMELIA.—¿Eso es todo lo que me tiene que decir?

JORGE.—¿Y es eso todo lo que usted me contesta?

AMELIA.—Le considero en este momento como si fuera usted un policía, y a un policía no puedo contarle mis íntimos pensamientos, sólo puedo preguntarle cuáles son sus intenciones.

JORGE.—Señora, por lo que más quiera en el mundo, le pido que no hable nunca más con Morell; yo, en cambio, le prometo que no diré nada de esto a mi padre.

AMELIA.—(*Burlona.*) Es usted muy generoso. Vela por la dignidad de su padre... Y yo, ¿no tengo dignidad?

JORGE.—¿Usted?

AMELIA.—Cualquiera diría que su padre es un marido modelo y no es más que un libertino..., la florista, la vecina del tercero, la señora de Gondrecourt.

JORGE.—¡No es lo mismo!

AMELIA.—¿Por qué?

JORGE.—Porque él es hombre y usted es mujer.

AMELIA.—Esperaba esa vulgaridad y la rechazo enérgicamente. Ante la dignidad ofendida los hombres y las mujeres somos exactamente iguales. No faltaba más... A mí no me pondrá en ridículo ningún hombre y menos su papá de usted, que por los años también podía ser el mío.

JORGE.—¿Usted no quiere a mi padre?

AMELIA.—No, señor..., ni le quiero, ni le he querido nunca.

JORGE.—Eso quiere decir que está usted loca por Morell...

AMELIA.—¡Morell es un imbécil!... ¡Un estúpido!...

JORGE.—¿Y se ha escapado usted con él?

AMELIA.—Porque no tenía otro hombre a mano. Porque me encontraba en los cinco minutos trágicos. Porque me hubiera echado en los brazos del verdugo.

JORGE.—(*Sorprendido.*) ¡Es extraño! (*Viendo al Maitre que entra.*) ¿Qué es esto?

MAITRE.—El pollo. Lo traigo para después. Ahora discuten us-

tedes..., después hablarán con más calma y luego vendrá el perdón, los besos, el pollo y los postres. Siempre pasa lo mismo, es la costumbre. (*Deja en la mesa los cuchillos que antes había recogido y se retira.*)

JORGE.—(*Reflexionando.*) Es curioso todo lo que usted me ha contado... No quiere usted a mi padre..., no quiere usted a Morell... No ha venido usted a Versalles ni por venganza ni por amor... ¡No entiendo una palabra!

AMELIA.—(*Indignada.*) Claro... Usted no entiende nada de la vida infernal que yo llevo, entre el padre calavera y el perro de presa de su hijo.

JORGE.—¿Yo perro de presa?... ¡Yo no he mordido a nadie!

AMELIA.—Pero hace cuatro meses me persigue su antipatía, su aire severo, sus reflexiones de juez... ¡Yo no me he casado con un marido, me he casado con dos maridos! Uno que me engaña y otro que me vigila. Uno que es un viejo todavía demasiado joven y otro que es un joven demasiado viejo..., y usted..., usted es el más repugnante de los dos...

JORGE.—Señora, yo creo que nunca la he ofendido.

AMELIA.—A cada instante. Veinte días después de mi casamiento, una mañana salí de casa con un sombrero color de rosa, precioso. Todos los hombres se volvían para mirarme. Le dije a usted si le gustaba el sombrero y me contestó usted que lo encontraba muy llamativo.

JORGE.—Era verdad. Todos los hombres se la comían a usted con los ojos.

AMELIA.—¿Y a usted qué le importaba?

JORGE.—¡Me sabía mal por... mi padre!

AMELIA.—¿Y la grosería del martes?

JORGE.—¿El martes?

AMELIA.—Fué mi santo... Santa Amelia... Recibí quince visitas y diez ramos de flores. Usted ni vino a casa siquiera para felicitarme. No fué a comer como era deber suyo.

JORGE.—¿Qué le importaba a usted que yo no fuese?

AMELIA.—Nada. Pero fué una demostración de su antipatía. Usted ha comido todos los días en casa menos aquél. ¡Luego lo hizo expresamente!...

JORGE.—Así resulta que si voy a comer, soy un perro de presa, y si no voy, soy un grosero. Ya me dirá lo que tengo que hacer para quedar bien.

AMELIA.—¡Su propio padre me compró un ramo maravilloso, espléndido!

JORGE.—Fuí yo el que lo compré... Mi padre ni se acordaba que

fuese el santo de usted, y yo se lo dije. Eso es lo que hacen los perros de presa.

AMELIA.—Entonces, ¿por qué no vino usted a comer?

JORGE.—Porque yo no soy su marido y no tengo la obligación de ser amable con usted... Precisamente, por ser su santo, creí hacerles un favor dejándolos solos.

AMELIA.—¿Y también pensaba hacerme un favor esta tarde llamándome harpia?

JORGE.—Estaba enfadado. Perdóneme usted.

AMELIA.—Cinco minutos después de usted insultarme Morell me telefoneaba, y ya ve si es de usted toda la culpa. Usted me hace la vida inaguantable.

ESCENA VII

Dichos y MORELL.

(*Entra por la derecha soltando una bocanada de humo.*)

MORELL.—Acabé el cigarro. Esto quiere decir que ya han pasado los diez minutos.

JORGE.—(*Impaciente.*) Hágame el favor de retirarse. No he terminado de hablar con la señora.

AMELIA.—Pase, señor Morell, este señor y yo no tenemos ya nada que decirnos.

JORGE.—Pues entonces, señora, estoy a sus órdenes.

AMELIA.—¿Para qué?

JORGE.—¡Para regresar a París ahora mismo!

AMELIA.—¿Con usted?

JORGE.—¡Naturalmente!

AMELIA.—¿Está usted de broma?

MORELL.—¿Se quiere usted quedar aquí?

AMELIA.—(*A Morell preguntando.*) ¿Con usted?

MORELL.—Si no hay inconveniente...

AMELIA.—¡Nunca!... Estoy harta de los dos. ¡A usted le desprecio por haberme traído aquí, y a usted porque me ha seguido! ¡Usted es antipático por sorprenderme, y usted lo es por haberse dejado sorprender!... Usted es odioso, usted es idiota. En suma, que estoy de los dos hasta la coronilla. (*Va hacia la izquierda.*)

JORGE.—¿A dónde va usted?

AMELIA.—(*En el colmo de la nerviosidad.*) A ponerme el abrigo y a marcharme sola. Sepan los dos juntos, si esto les interesa, que ya estoy harta de sermones, de cortejos y de miradas. No quiero verles nunca más... ¡Nunca!... ¡Nunca!...

ESCENA VIII

MORELL, JORGE y luego el MAITRE.

(*Gran pausa. Los tziganes tocan una serenata italiana. Los dos quedan petrificados, mirando la puerta de la izquierda.*)

MORELL.—¿Entiende usted algo de este juego?

JORGE.—(*De espaldas y como pensativo.*) ¡Qué interesante es esta mujer!

MORELL.—Es un manojo de nervios... He conocido quince de la misma naturaleza. Todas un poco locas... Y lo peor es que me quedo sin mujer y sin cenar... (*Jorge mira por la cerradura de la alcoba.*) ¡Oh!... Ya han traído el pollo... ¿No le molestará que coma un poco?

JORGE.—¡Haga usted lo que quiera!

MORELL.—(*Comiendo.*) ¡Está muy bueno!

JORGE.—(*Acercándose a Morell.*) ¿Decía usted que todas las mujeres tenían algo de locas?

MORELL.—(*Rectificando.*) ¡Todas las mujeres que quieren!

JORGE.—¡Pero si esta mujer no quiere a nadie!... ¡A mi padre lo aborrece y de usted dice que es un imbécil!

(*Cesa la música.*)

MORELL.—No lo encuentro extraño. Ella me quiere, pero ha llegado usted en el momento culminante para molestarnos, y por eso se ha enfadado con usted.

JORGE.—Se ha enfadado conmigo, ¡pero a usted lo ha llamado idiota!

MORELL.—Porque me quiere. Cuando una mujer se enfada es porque siente cariño.

JORGE.—Es que también me ha insultado a mí. (*Se sienta a la mesa frente a Morell. Discuten.*)

MAITRE.—(*Entra con una fuente de ensalada que coloca sobre la consola.*) Ahora están los dos solos. Es curioso y nuevo en los anales de este hotel.

MORELL.—¿Qué trae usted?

MAITRE.—¡La ensalada!... ¿Está indispuesta la señora Letournel?

MORELL.—No, está poniéndose el abrigo.

MAITRE.—(*Hablando solo mientras los otros discuten y arreglando la ensalada.*) Si que es extraño... Yo he visto salir al amante echado a puntapiés por el marido... También he visto al

marido echado a puñetazos por el amante..., pero nunca había visto que la mujer se fuese y el amante y el marido se comieran la cena del adulterio... Lo contaré en la cocina y... subirán todos para admirarlos. Hombres así no se ven todos los días. (*Se retira. Pausa. Morell come. Jorge se levanta para ir a mirar por la cerradura.*)

MORELL.—Amigo Jorge..., ¿no es para esta noche cuando nuestro amigo Saint Hilaire había preparado la entrevista con la familia de su novia de usted?

JORGE.—Sí. señor.

MORELL.—Supongo que habrá aplazado usted un acto tan importante...

JORGE.—No. Ni lo he pensado siquiera. Nos veremos mañana.

MORELL.—Está usted más loco que su madrastra. ¿No le parece extraordinario que un joven se olvide de una cita de la que depende su vida futura, por ir a interrumpir una cita con la que nada tenía que ver?

JORGE.—¡Se trataba de la honra de mi padre!

MORELL.—Al verle entrar a usted y hablarme con aquella altanería pensé: "Este es un hombre que adora a su padre".

JORGE.—¿Pretende usted burlarse de mí?

MORELL.—¡De ninguna manera!... Pero adivino lo que usted todavía no sabe. ¡Todo lo que usted ha hecho y hace es porque está enamorado de su madrastra!... ¿Quiere un poco de pollo?...

JORGE.—(*Amenazador.*) ¿Qué dice usted?

MORELL.—Le pregunto si quiere un poco de pollo...

JORGE.—¡Está usted loco! (*Sentándose en la otomana.*) Enamorado yo de mi madrastra... ¡Si no nos podemos ver!... ¡Si nos insultamos a cada momento!... ¡Si nos odiamos!...

MORELL.—Y ahora que pienso... ¿Cómo supo usted que estábamos en Versalles?

JORGE.—Por Fanny Abril. ¿La conoce usted?

MORELL.—¿Por Fanny? (*Se levanta de un salto.*)

JORGE.—Sí, señor, por ella. ¡Tome, tome pollo!

MORELL.—Entonces, ¡ella lo sabe todo!...

JORGE.—¡Todo!... Cuando usted habló por teléfono a mi madrastra, Fanny había pedido comunicación con usted, y se enteró de todo. Luego fué a casa para contárselo a mi padre y ¡gracias a que la recibí yo!

MORELL.—¡Debe estar hecha una fiera!

JORGE.—Está hecha una *menagerie*. ¡Puede usted correr si quiere encontrar algo del piso todavía entero!

MORELL.—¡Gracias, amigo mío!... Voy volando. A ver si puedo salvar alguna cosa. Además que podría ocurrírsele venir aquí.

Me voy, me voy. (*Le ofrece la mano.*) Cenaremos juntos otro día con más tranquilidad. (*No acierta a ponerse el gabán.*)

JORGE.—Con mucho gusto.

(*Los tziganes tocan el vals de los besos.*)

MORELL.—(*Yéndose.*) El vals de los besos esta noche para mí será el vals de las calabazas. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA IX

JORGE y AMELIA.

(*Mientras toca la música queda Jorge solo un instante, soñador, mirando hacia la izquierda donde está Amelia.*)

AMELIA.—(*Saliendo y viendo solo a Jorge.*) ¿Y el otro comensal?

JORGE.—¡Ha huído!

AMELIA.—¿Por qué?

JORGE.—Porque le he dicho que su amiga lo sabía todo y esto le ha emocionado hasta el punto de echar a correr como una liebre.

AMELIA.—¡Idiota!... Ahora se queda usted más ancho. Buenas noches. (*Se va hacia la derecha.*)

JORGE.—¿Dónde va, señora?

AMELIA.—¿Dónde quiere que vaya?... ¡A mi casa!

JORGE.—¿A casa de papá?

AMELIA.—Hasta nueva orden, aquélla es también mi casa. Tomaré el primer tren que salga para París...

JORGE.—Y llegará usted a media noche... ¿Qué le va a decir a papá?

AMELIA.—Le diré buenas noches, y basta.

JORGE.—Pero ¿cómo le explicará su regreso a esa hora?... Usted se olvida de que en este momento se encuentra en el Havre...

AMELIA.—¡Es verdad!

JORGE.—Y es preciso que usted no regrese a casa de papá hasta el mediodía. Media hora después de la llegada del primer tren del Havre. A la hora de comer podrá usted hablar de los transatlánticos que ha visto en el puerto..., de la salud de sus padres..., de lo largo del viaje. Yo, que comeré con ustedes, haré gestos de creerlo todo y su marido no dudará de nada...

AMELIA.—(*Sorprendida.*) ¡Es usted muy amable y muy bondadoso!

JORGE.—Lo soy porque tengo la seguridad de que no volverá usted a ver nunca a Morell.

AMELIA.—(*Convencida.*) Pero ¿qué voy a hacer yo hasta mañana al mediodía?... ¿Tiene usted auto?

JORGE.—Sí.

AMELIA.—Tomémosle y lléveme usted a su casa.

JORGE.—¿A mi piso de soltero?

AMELIA.—¿Y por qué no?... ¡Yo dormiré en la habitación que tendrá usted reservada para los amigos!

JORGE.—(*Vivamente.*) ¡Imposible, señora!

AMELIA.—¿Es que ya tiene usted alguna compañía?

JORGE.—En mi casa no hay nadie... pero ¡usted no puede dormir en mi casa!

AMELIA.—¿Por qué?

JORGE.—¡Por que después de la discusión que he tenido con Morell, entre usted y yo no puede haber ninguna clase de relaciones!

AMELIA.—Pues yo le aseguro a usted que una madrastra puede pasar la noche en casa de su hijastro.

JORGE.—¡Tiene usted razón, madrastra!... ¡Estoy a sus órdenes!...

AMELIA.—¡Llame al Maitre y vámonos!

JORGE.—¡Ahora mismo! (*Llama con el timbre.*)

ESCENA X

DICHOS y MAITRE.

MAITRE.—(*Entrando. Aparte.*) (Ahora la mujer y el marido!... Esto no es una cena... Esto es un rigodón...) ¿Ha llamado el señor?

JORGE.—Haga el favor de decir a mi *chauffeur* que saque el auto del garaje y venga a la puerta del hotel.

MAITRE.—Su *chauffeur* ya no está, el otro señor le ha convencido y se lo ha llevado a París. ¿Ya sabe el señor quién es el otro señor?...

JORGE.—¿A qué hora sale el último tren?

MAITRE.—¡El último ha salido hace dos minutos!

JORGE.—Entonces búsqueme otro automóvil.

MAITRE.—Cuando el otro señor ha tomado el de usted es que ya no quedaba ninguno disponible.

AMELIA.—¿Tendremos que pasar aquí toda la noche?

MAITRE.—(*Colocándose entre los dos.*) Es lo más natural del mundo. El señor y la señora pasarán aquí la noche. El cuarto es cómodo..., todo está preparado...

JORGE.—¿No hay otra habitación en el hotel?

MAITRE.—No, señor, están todas ocupadas..., pero el señor Letournel debe pensar que aquí no ha pasado nada... Dormirán ustedes a gusto... Aquí tienen champagne... ¡Piensen que son jóvenes y que en la vida no se debe perder ni un minuto de cariño! ¡Esto les recordará su viaje de boda!... (*Se va después de apagar cómicamente la luz del centro.*)

ESCENA XI

JORGE y AMELIA.

AMELIA.—¡Es gracioso!... ¡Cree que somos marido y mujer!...

JORGE.—¡Sí; y es usted mi mamá!

AMELIA.—¡No diga eso!... ¡Yo no soy su madre!

JORGE.—¿Y pasaremos aquí la noche?

AMELIA.—¡Claro!... Yo dormiré en la alcoba y usted en la *chaise-longue*... Buenas noches... Me estoy cayendo de sueño... (*Se va hacia el cuarto de la izquierda. Volviéndose.*) ¡Ah!... ¿Qué le ha dicho el señor Morell que le dió usted tanta importancia?

JORGE.—¡Nada!

AMELIA.—¿No me lo quiere usted decir?

JORGE.—¡No se lo puedo decir!

AMELIA.—¿No me lo puede decir?

JORGE.—¡No se lo digo porque es usted mi mamá!... ¡Buenas noches, mamá!

AMELIA.—¡Que usted descanse, Jorge! (*Ella va a la alcoba de la izquierda y cierra. Tocan los tziganes. Pausa. Jorge bebe una copa de champagne. Reflexiona. Después va a la puerta y llama.*)

AMELIA.—(*Desde dentro.*) ¿Qué quiere?

JORGE.—¿Puedo abrir la puerta?

AMELIA.—No. Está echado el cerrojo. ¿Desea algo?

JORGE.—(*Como quitándose un peso de encima.*) Decirle que el señor Morell asegura que yo estoy enamorado de usted... Esto es lo que le quería decir antes... ¡Buenas noches! (*Se va rápidamente hacia la derecha. La puerta se abre y Amelia sale impetuosamente.*)

AMELIA.—¿Y por qué pensaba eso el señor Morell?

JORGE.—Porque por venir aquí esta noche, lo he dejado todo..., la cita con mi prometida...; ¡todo... ¡Todo!... No me mire usted así, señora... No haga usted caso de lo que digo. Estoy turbado. Primero es Morell diciendo una enormidad...; después es el Maitre que cree... ¿Será posible que Morell tenga razón?

AMELIA.—Pero, Jorge...

JORGE.—Sé que la odio a usted demasiado y eso no es natural... La vigilo a usted con exceso... La miro mucho... ¡Me acuerdo de todos sus vestidos!... ¡Oh!... El vestido de boda con el ramo de flor de azahar que usted se puso a la derecha y no a la izquierda como las demás mujeres, con aquel gran lazo de seda en la cintura. ¡Estaba usted guapísima!... El escote un poco exagerado... La mi-

raban mucho... Estuve a punto de abofetear a un convidado que, al ver a mi padre viejo al lado de usted, joven y guapa, dijo una indecencia...

AMELIA.—¡Jorge!

JORGE.—Yo comprendo que aquella boda era absurda y no pensaba que mi padre era algo viejo, sino que era usted tan joven... Tenía celos... Por eso no me gustó aquel sombrero de color de rosa que todos los hombres miraban. Por celos no fuí a comer el día de su santo. Y cuando un hombre hace todo esto es porque está enamorado. ¿No lo cree usted así?

AMELIA.—Analice cuanto quiera sus sentimientos, pero a mí déjeme tranquila.

JORGE.—¡No, señora!... Ha sonado la hora de hablar claro... ¡Usted ha venido aquí con aquel tonto, no para vengarse de mi padre, sino para vengarse de mí!... Y cuando una mujer quiere vengarse, es que quiere y se ve despreciada.

AMELIA.—Quizás tenga usted razón... Yo también me acuerdo de que el día de mi boda llevaba usted un chaqué ribeteado, una corbata negra con rayitas blancas y botas de charol, con cañas de piel de foca

JORGE.—¿Y papá, cómo iba vestido?

AMELIA.—¡No me acuerdo!

JORGE.—Mañana mismo me iré a Nueva York. Quedarme en París sería un crimen... ¡Me iré a Nueva York, me haré millonario y así no pensaré en usted!

AMELIA.—¿A Nueva York?... ¿Sabe usted inglés?

JORGE.—¡Ni una palabra!

AMELIA.—Así, lo que va usted a hacer allí es el rídiculo y muy pocos millones.

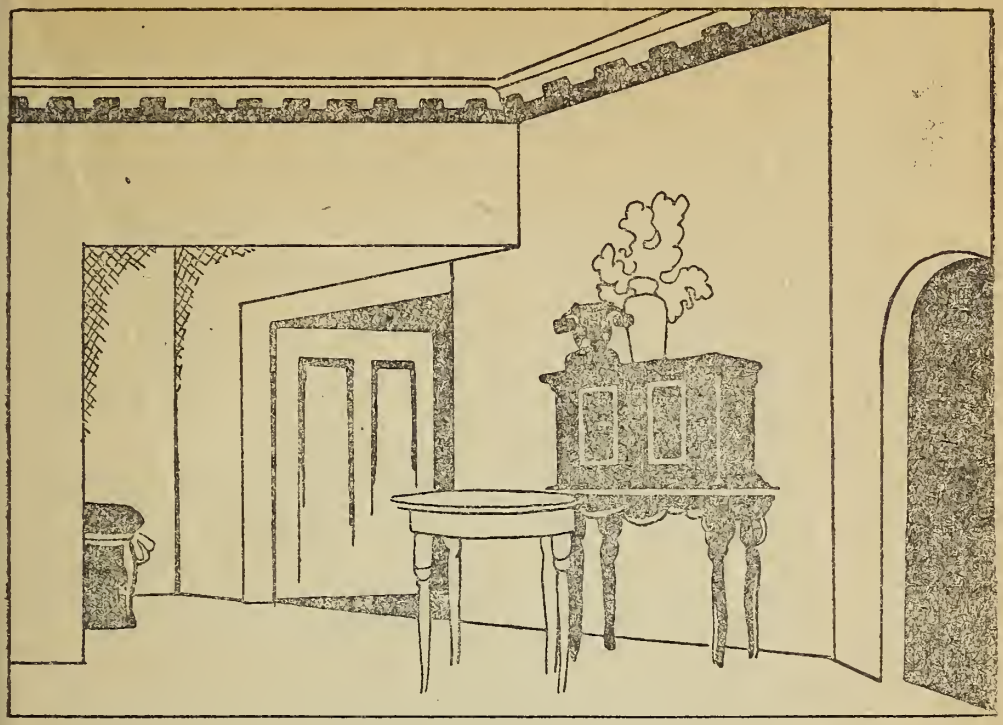
JORGE.—Pues en París no me quedo. Estoy tan emocionado, que no puedo escoger nación en este momento. (*Levantándose.*)

AMELIA.—¡Lo dejaremos para mañana!... Ahora a dormir. Mañana estará usted más en su juicio.

JORGE.—Eso es... ¡Buenas noches, mamá!

AMELIA.—Buenas noches... (*Se va precipitadamente por la izquierda. Jorge queda solo. Larga escena muda. Se oye la música de los tziganes. Jorge se pasa la mano por la frente reflexionando. Luego apaga las luces de las lámparas de la pared. Va a la* chaiselongue *e intenta dormir. Después escucha hacia la izquierda. Se levanta, va a la puerta de la alcoba, levanta el pestillo, y Jorge vacila, dudando si entrar o no. Al fin se decide por no entrar, se aleja, coge el sombrero y el abrigo, se lo pone y hace rápidamente mutis por la derecha.*) *Sigue tocando la orquesta y cae rápido el*

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto y al día siguiente, a las once y media de la mañana.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO, FANNY y luego LUISA.

(Al levantarse el telón, Alberto, en bata, está sentado en una butaca, y junto a él está Fanny. Los dos frente a una mesa, donde se están desayunando. Café, leche, bizcochos, etc., etc.)

FANNY.—¿Cuántos terrones de azúcar?

ALBERTO.—Cinco. Las tazas son grandes...

FANNY.—Oye. ¿Sabes que tienes un piso muy bien puesto?... Debes ganar mucho dinero. ¿A qué te dedicas?... ¿Qué profesión tienes?... ¿Qué haces?

ALBERTO.—¡Ya lo ves!... ¡Consolar al triste!

FANNY.—Con eso no te harás rico...

ALBERTO.—¡A veces hasta me cuesta dinero!

FANNY.—¿No podrían traer un poco de pan tostado?

ALBERTO.—Ahora mismo. (*Toca el timbre.*) ¡Luisa!... ¡Luisa!...

LUISA.—(*Por el fondo.*) Señorito...

ALBERTO.—¡Traiga usted pan tostado en seguida!... ¿No ve que la señorita tiene cara de gustarle el pan tostado?... ¿Y no quieres también manteca?...

FANNY.—¡La manteca no, que engorda!

LUISA.—¡Muy bien, señorita!... (*Hace mutis a medias.*) Diga usted, señorito.

ALBERTO.—¿Qué quiere?

LUISA.—Desearía saber si la aventura de esta noche es de aquellas que le puedo contar a la señora...

ALBERTO.—No lo sé todavía...; ya se lo diré luego.

LUISA.—¡Está bien, señorito!... (*Se va por el fondo.*)

FANNY.—¿Qué dice la doncella?... ¿Qué hay que relatar tus aventuras a tu mujer?

ALBERTO.—¡Algunas veces!

FANNY.—Tiene gracia... ¿Es que acaso ella te cuenta las suyas?

ALBERTO.—¡Mi mujer es un ángel de pureza!

FANNY.—¿Crees tú?... ¿Y dónde ha ido esta noche?

ALBERTO.—¡Al Havre!... Está en brazos de su papaíto... Pero, dejemos a mi mujer y hablemos de ti. ¿Cómo se llama tu amor?

FANNY.—¡No te lo puedo decir!... Y basta de confidencias... No me hagas citar nombres, porque al saberlos tu corazón no podría resistir el menor infortunio y podrías darme un susto. Yo soy muy prudente y muy nerviosa.

ALBERTO.—¡Entonces no quiero saber nada!

LUISA.—(*Entra con un plato.*) Aquí está el pan tostado y los periódicos que acaban de traer.

ALBERTO.—¡Démelos!... (*Se oye que suena un timbre tres veces.*) ¿Quién llamará así?... Es el timbre de la escalera, ¿no?

LUISA.—Sí, señor. ¡El de la puerta de entrada!

ALBERTO.—¿Tocan tres veces el timbre?... ¡Así llama mi mujer!... ¿Será ella?

FANNY.—¡Me escapo! ¿Por dónde me voy?

ALBERTO.—Pero, ¿qué hora es?... Si hace diez minutos que he oído cantar a los gallos...

LUISA.—Era el hijo de la portera que estaba jugando en el patio... ¡Son las once y media de la mañana!

FANNY.—¿Dónde me escondo?... ¿Por dónde huyo?

ALBERTO.—(*Secamente.*) Váyase y no abra hasta dentro de un minuto.

(*Luisa hace mutis por el fondo.*)

FANNY.—Ya supondrás que no tengo ningún interés en conocer a tu esposa. Prefiero irme.

ALBERTO.—¡Naturalmente!

FANNY.—¿Por dónde me voy?

ALBERTO.—Por la alcoba y sal por el salón grande. Todo muy de prisa, pero sin miedo alguno. ¡Luego nos veremos!

FANNY.—¿Luego?... ¿Dónde?

ALBERTO.—En casa de Maxims, a la una.

FANNY.—Que no faltes. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA II

ALBERTO, solo; después, JORGE.

ALBERTO.—Deliciosa mujer. (*Se sienta, coge un periódico y lee.*) "Catástrofe ferroviaria. Espantoso choque de trenes en la línea del Havre". ¡Ay, Dios mío!... ¿Y mi pobrecita mujer? "Ayer noche, a las once cuarenta, el exprés del Havre, que salió de París a las nueve y siete..." ¡Respiro! ¡No es ese tren! Ella salió a las siete y nueve. "chocó con un tren de mercancías entre las estaciones de Yvetot y Motteville. Los trenes han quedado deshechos. La vía es un montón de escombros y, por lo tanto, ha quedado interrumpida la circulación por esta línea..." Entonces no era mi mujer la que ha llamado... ¿Quién será? (*Va al fondo, abre la puerta y entra JORGE.*) ¡Ah!... ¡Eres tú, hijo mío!

JORGE.—¡Buenos días, papá!... ¿Qué? ¿Todavía no ha regresado tu mujer?

ALBERTO.—No ha regresado ni sé cuándo regresará.

JORGE.—(*Vivamente.*) ¿Qué dices?

ALBERTO.—¿No has leído los periódicos?

JORGE.—No. ¿Qué pasa?

ALBERTO.—¡Un choque de trenes en la línea del Havre!

JORGE.—¡Menos mal!

ALBERTO.—¡La circulación está interrumpida!... Lee.

JORGE.—Si ella no lee esto está perdida. (*Mirando el periódico.*)

ALBERTO.—¿Qué dices?

JORGE.—¡Nada, nada!... ¡Oye!... ¿Con quién estabas almorzando?

ALBERTO.—¿Yo? ¡Almorzaba solo!

JORGE.—¿Y esas dos tazas?

ALBERTO.—¡Es que tenía mucha gana!

JORGE.—¿Y esas dos butacas?

ALBERTO.—Una es para poner las piernas.

JORGE.—(*Viendo el bolso olvidado por Fanny, lo abre y va sacando todo lo que marca el diálogo.*) ¿Te pintas los labios?

ALBERTO.—¿Qué dices?

JORGE.—Polvos, barra de color para los labios, para los ojos...

ALBERTO.—Eso es de mi mujer.

JORGE.—¿De tu mujer y aquí hay una F?

ALBERTO.—¡Naturalmente, una F, Fanny!... ¡Es que este bolso era de su prima!... ¿Comprendes? (*Guardándose la bolsa en un bolsillo.*) Y... ¿a qué vienes tú tan temprano a esta casa?...

JORGE.—Tenemos que hablar, papá... ¡Papá..., esta misma noche salgo para América!

ALBERTO.—¿Y qué se te ha perdido a ti en América?

JORGE.—¡Quiero hacerme millonario!

ALBERTO.—¿Hacerte millonario?

JORGE.—¡Sí, papá!

ALBERTO.—Hijo mío, tú estás preocupado... ¿Qué te ocurre?... ¿No saliste satisfecho de la entrevista de anoche?

JORGE.—¿Qué entrevista?

ALBERTO.—¡Con la familia de tu prometida, hombre! Te aguardé para acompañarte y me diste un plantón...

JORGE.—(*Sin importancia.*) ¡Ah!... Sí...

ALBERTO.—¿Y dónde celebrasteis la entrevista?

JORGE.—En el hotel des Reservoirs de Versalles.

ALBERTO.—¿Qué dices?

JORGE.—¡No, no, no!... En el teatro..., pero ¡es que daban una obra que pasaba en Versalles, en un hotel, y me he equivocado!

ALBERTO.—Hijo mío, a ti te pasa algo... ¡Tú te has enamorado de la señorita d'Aubigny!...

JORGE.—¡No, no, nada de eso!

ALBERTO.—¡Sí, sí!... Y además te ha dado calabazas. ¡Por eso quieres irte a América!

JORGE.—¡Es cierto, papá!... ¡Lo has adivinado!

ALBERTO.—¡Pues esto no quedará así!

JORGE.—¿Qué piensas hacer?

ALBERTO.—Un Letournel no puede recibir un desprecio de nadie. Ahora verás cómo yo lo arreglo todo. (*Va al teléfono y llama.*) ¡Central!... ¡Central!... 22-22 de Gutenberg.

JORGE.—Pero, papá...

ALBERTO.—¡Calla!... (*Hablando por teléfono.*) "Señor Saint-Hilaire... sí..., soy yo, Letournel... sí, señor... Letournel padre. ¿Que si está enfermo mi hijo?... ¿Que mi hijo no fué a la cita acordada?... Sí, sí, está enfermo. Nada grave... Yo iré a verle a usted...; gracias..., ¡adiós!..., gracias", Me dice que te alivies. (*Deja el aparato.*) ¿De manera que no fuiste a la cita?

JORGE.—No, señor.

ALBERTO.—¿Te estabas burlando de mí?

JORGE.—Sí, señor... ; digo, no, señor.

ALBERTO.—¿Y por qué no cumpliste anoche como un caballero?

JORGE.—¡Cumplí como tal caballero, papá!... No lo dudes... Hablaremos de esto en otra ocasión. Y ahora, con tu permiso, voy a escribir una carta. (*Mutis izquierda.*)

ESCENA III

ALBERTO, solo. Después, LUISA, y luego, AMELIA.

ALBERTO.—Nunca he visto a mi hijo como lo veo hoy; no cabe duda de que está enamorado. Pero... ¿De quién está enamorado?

LUISA.—(*Entrando por el fondo.*) Señorito..., ya viene la señora.

ALBERTO.—¡No es posible!

LUISA.—Acabo de asomarme al balcón y la he visto pagando el taxi.

ALBERTO.—¿Se ha ido la otra?

LUISA.—¡Por eso me he asomado al balcón..., para verla salir!

ALBERTO.—Está bien..., quite todo esto. Pero, ¿cómo diablos ha podido volver tan pronto? (*Luisa se va por la derecha llevando el servicio y AMELIA entra por el fondo.*) ¡Amelia!... ¿Eres tú?

AMELIA.—¡Sí, yo soy!

ALBERTO.—¿Tú, tan pronto?

AMELIA.—¿Qué quiere decir tan pronto?... El tren del Havre llega a las once y cuarto, son las doce menos diez... La media hora desde la estación aquí...

ALBERTO.—Pero ¿y la catástrofe?

AMELIA.—¿Qué catástrofe?

ALBERTO.—El choque de trenes en la línea del Havre... Léelo.

AMELIA.—(*Mirando el periódico, no sabe qué decir, pero luego se repone.*) Sí, el choque no me choca.

ALBERTO.—Pero la circulación está interrumpida...

AMELIA.—¡Hemos venido por otra línea!

ALBERTO.—¿Qué línea?

AMELIA.—No lo sé... Yo dormía y no he visto nada, es una línea especial para cuando ocurren catástrofes.

ALBERTO.—¿Qué quieres decir?

AMELIA.—Pregúntaselo a tu hijo. El debe conocer esa línea. ¿No ha venido todavía tu hijo?

ALBERTO.—Sí, pero esto de llegar con puntualidad del Havre, cuando los periódicos dicen que la circulación entre dicha ciudad

y París está interrumpida por causa de un choque, a mí sí me choca. ¿Tú vienes del Havre?

AMELIA.—¡Si, sí..., del Havre! Subprefectura del Sena inferior: 130.000 habitantes; 228 kilómetros al noroeste de París, patria de Scudery, de Delavigne y de Frederic Lemaitre. He estado en la Catedral, construída el año 1557, que tiene dos torres y 30 campanas; he comido con mi padre, que vive en el número 19 de la calle Juana de Arco, y esta mañana el pobre me dió un beso antes de embarcar para América.

ALBERTO.—¿Y ya se ha ido?

AMELIA.—(*Después de dudar.*) No. A última hora recibió un cable diciéndole que no embarcase, pero se irá dentro de ocho días.

ALBERTO.—Me alegro. Así será compañero de viaje de mi hijo.

AMELIA.—¿Eh?

ALBERTO.—¡Mi hijo se va a América, no sé por qué, pero se va a América!

AMELIA.—¿No te ha dicho los motivos de ese viaje?

ALBERTO.—Yo creo que está enamorado.

AMELIA.—¿De quién?

ALBERTO.—No sé nada, pero cuando uno quiere huir, es que está enamorado. Si el amor es recíproco, el viaje se hace con la mujer querida..., y cuando la mujer querida desprecia, uno se va olo para olvidar. Esto es una pasión no correspondida. Axiomático.

AMELIA.—A veces son otras razones más nobles las que obligan a huir; por ejemplo: los amores imposibles.

ALBERTO.—¡Es lo mismo!

AMELIA.—¡Qué ha de ser lo mismo!... Tú no puedes comprender esas cosas.

ALBERTO.—¡Está bien!

AMELIA.—(*Cambiando de tono.*) Y ¿qué tal ha pasado la noche mi fiel esposo?

ALBERTO.—¿Yo?... ¡Ay, así!

AMELIA.—¿Qué has hecho anoche?

ALBERTO.—He estado en París, capital de Francia; tres millones de habitantes... Magnífica catedral, conocida con el nombre de Notre-Dame.

AMELIA.—Veo que estás de broma. (*Se va hacia la izquierda.*)

ALBERTO.—¿Dónde vas?

AMELIA.—A quitarme el sombrero y el abrigo.

ALBERTO.—¿Quieres que te ayude?

AMELIA.—¡No!... ¡No necesito a nadie! (*Mutis primera derecha.*)

ESCENA IV

ALBERTO, solo; después, LUISA, y luego, MAITRE.

ALBERTO.—Yo le he mentido a mi mujer..., mi hijo me ha mentido a mí..., mi mujer me ha dicho un rosario de mentiras. Decididamente ésta no es la hora de la verdad.

(*LUISA entra con una tarjeta.*)

LUISA.—Este caballero desea hablar con el señor.

ALBERTO.—(*Leyendo la tarjeta.*) Alfonso Dubulú. No sé quien es. ¿Qué aspecto tiene ese caballero?

LUISA.—¡Muy distinguido!

ALBERTO.—¡Que pase!... (*Luisa hace pasar al MAITRE y luego se retira.*) Caballero... ¿Qué es lo que desea?

MAITRE.—El señor me dispensará... Deseaba ver al señor Letournel...

ALBERTO.—¡Soy yo!

MAITRE.—¡No!

ALBERTO.—¡Sí!

MAITRE.—Letournel, calle Fortuny, 103.

ALBERTO.—Exactamente. ¡Yo soy el señor Letournel!

MAITRE.—Entonces, ¿usted debe ser el padre?

ALBERTO.—¿Qué quiere usted decir con eso?

MAITRE.—Que al señor Letournel que yo deseo hablar es un hombre joven, de unos veinticinco años.

ALBERTO.—¡Ah!... ¡Entonces es con mi hijo!

MAITRE.—¡Lo que yo decía!... ¡Esa cara seria, usted es su padre, no cabe duda!

ALBERTO.—Pues si usted me quiere decir lo que desea...

MAITRE.—El señor me dispensará... pero, como el motivo de mi visita es rigurosamente personal, deseo que mi conversación sea con su hijo.

ALBERTO.—Espere un momento... Me parece que yo a usted le conozco. La corbata blanca, las patillas, la manera ceremoniosa de hablar... ¡Usted o es un magistrado o es un criado!

MAITRE.—Soy maitre d'hotel.

ALBERTO.—¿Maitre d'hotel y venir tan temprano a hablar con mi hijo?... Se trata de un espejo roto, de un sostén olvidado o del pago de una cuenta...

MAITRE.—Señor... el secreto profesional...

ALBERTO.—Hable, hombre, hable..., estoy en el secreto... es alguna cuenta.

MAITRE.—¡Sí, señor!

ALBERTO.—Pues démela usted... y la pagaré en el acto. Caray... 444 francos.

MAITRE.—Hay cena, reservado..., champagne...

ALBERTO.—¿Qué restaurant será este? (*Mirando.*) "Hotel des Reservoirs de Versalles"... ¡Ahora lo comprendo!... Es decir, no comprendo una palabra... Pero usted viene como llovido del cielo. Mi hijo está pensativo, nervioso, y esta cuenta es para mi un rayo de luz... Hable usted. Mi hijo ha estado en este hotel con una amiga. ¿Verdad?

MAITRE.—No, señor. Puede usted estar tranquilo. Su hijo de usted ha estado en el hotel con su mujer.

ALBERTO.—¿Con su mujer?

MAITRE.—¡Sí, señor! ¡Con la señora Amelia de Letournel!

ALBERTO.—¿Eh? (*Pasándose la mano por la frente.*) Maitre d'hotel... ¡Estimado maitre d'hotel!... Continúe... ¡Hable y piense bien lo que dice!

MAITRE.—¡Ya lo pienso! Y créame que estoy muy satisfecho porque he podido tranquilizar a un padre... Comprendo que su hijo estuviera un poco preocupado, porque existía ayer una nubecilla entre él y su esposa. Por el cielo de los ojos de la señora Letournel, perdón por el madrigal, cruzaba la sombra de otro hombre..., pero ese hombre ya no existe. En el azul infinito de esos ojos ya no hay sombras. ¡Todo es luz!

ALBERTO.—(*Sorprendido.*) ¿Luz?

MAITRE.—Su hijo tomó muy seriamente la cosa y hasta llegó a pedir otra habitación, pero yo me opuse. Lo que no comprendo es que todavía esta mañana siga preocupado.

(*Pausa. Alberto pensativo mira fijamente la factura.*)

MAITRE.—Parece que el señor mira la factura con recelo. Le garantizo que no he puesto un céntimo más de lo justo.

ALBERTO.—Lo creo. (*Abre un cajón y saca un billete de 500 francos.*) Tome, lo que sobra para usted.

MAITRE.—Gracias, señor. Supongo que se encuentra el señor completamente enterado y satisfecho de la conducta de su hijo.

ALBERTO.—(*Espantado.*) ¡Completamente!

MAITRE.—Le repito las gracias al señor y le felicito. ¡El señor es un padre feliz! (*Viendo que Alberto no se mueve.*) Que el señor no se moleste. Ya sabré encontrar la puerta. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA V

ALBERTO, solo, después, LUISA, y luego JORGE.

ALBERTO.—(*Queda pensativo y silencioso. De repente se levanta y empieza a llamar.*) ¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Luisa!...

LUISA.—(*Por el fondo.*) Señor...

ALBERTO.—Diga a mi hijo y a mi mujer que vengan. (*Luisa se dirige a la izquierda.*) ¡Primero mi mujer! (*Luisa cambia de dirección y va a la puerta de la derecha.*) No. ¡Primero a mi hijo!

LUISA.—¿En qué quedamos, señor?

ALBERTO.—¡A mi hijo! ¡He dicho que primero a mi hijo!

LUISA.—Está bien. (*Acercándose a Alberto.*) Le agradeceré al señorito que me conceda permiso para ir a pasar ocho días con mis padres. El chauffeur de abajo ha pedido mi mano y quiere conocer a mi familia.

ALBERTO.—Déjeme en paz ahora. Diga usted a mi hijo que venga y luego que venga mi mujer.

LUISA.—Voy, señorito. (*Hace mutis por la izquierda.*)

ALBERTO.—¡No puede ser, no puede ser y no puede ser!

JORGE.—¿Me llamas, papá?

ALBERTO.—(*Melodramático.*) ¡La frente, altiva!... ¡La mirada noble!... ¿Cómo es posible que un alma tan negra se oculte detrás de unos ojos tan claros?

JORGE.—¿Qué es eso, papá?

ALBERTO.—(*Entregándole la cuenta del hotel.*) ¡Entérate de esto!

JORGE.—¿Quién ha traído esta cuenta?

ALBERTO.—¡La justicia!... ¡La fatalidad...! ¡La mano de la providencia!... ¡El maitre d'hotel!

JORGE.—¿Y todo ese tono melodramático por unos francos?... ¡Ya te los devolveré!...

ALBERTO.—No se trata de dinero.

JORGE.—¿Es que te ha contado algo?

ALBERTO.—¡Me lo ha contado todo! ¡Eres un monstruo!

JORGE.—Pero, papá, ¿qué dices?

ALBERTO.—Ayer en Versalles, en el Hotel des Reservois, estuviste con...

JORGE.—¡No sigas, papá!... ¿Y es el maitre d'hotel quien te ha contado todo esto?

ALBERTO.—Sí, señor. Tu cómplice... El maitre que observaba que

regañabas con Amelia porque hacía caso de otro hombre que ya no existe...

JORGE.—Papá, te escucho y me consternas. Tu pasado galante te ha forjado un alma especial. ¿Crees a tu hijo capaz de una mala acción?

ALBERTO.—Vamos a ver... ¿Tú no has estado anoche en un hotel de Versalles con mi mujer?

JORGE.—Sí, señor.

ALBERTO.—¿Y allí no te has hecho pasar por mí?

JORGE.—Eso pensó el maitre d'hotel, que yo era el marido. Ya que hay que hablar claro te diré lo que nunca hubiese querido que supieses. Tu mujer estaba anoche en un gabinete reservado con Morell. El Havre era Versalles y su padre era Morell.

ALBERTO.—¿Qué dices?

JORGE.—¡La verdad!... Fué Morell quien la llamó por teléfono y le dijo que la esperaba en un auto, y juntos se fueron a Versalles. Pero yo que lo supe allá me fuí y llegué a tiempo. Puse a Morell de patitas en la calle y evité una desgracia. Eso es lo que ha hecho tu hijo. Tu mujer ha dormido sola en el Hotel. Yo he pasado la noche durmiendo en la estación. Tomé el primer tren que salió para París y a mi casa. Esa es toda la verdad.

ALBERTO.—¡Hijo mío, eres un héroe!... Dame un beso. ¡Perdóname... ¡Te debo la vida! ¿Qué quieres que te dé en cambio?

JORGE.—Nada. ¡Ya has pagado la cuenta del hotel y es bastante!

ALBERTO.—Jorge... ¿Estás seguro de que llegastes a tiempo y de que no pasó nada?

JORGE.—Segurísimo. Y ahora debo decirte que tienes tú la culpa de todo cuanto ha ocurrido. Ella no quiere a Morell, pero tus calaveradas y tus escándalos la sacan de quicio, y por eso ha querido vengarse. Es extraño que ese viaje al Havre no lo haya hecho antes. ¡Es una santa y tú un libertino!

ALBERTO.—¡Alto ahí!... Ya estoy harto de sermones y no callo más. Hay cosas que un hombre que se respeta no puede decirlas a nadie, pero te las diré a ti para que me hagas justicia.

JORGE.—¿Qué es ello?

ALBERTO.—Si yo traiciono mis deberes conyugales es por la sencilla y suprema razón que mi mujer no cumple los suyos.

JORGE.—¿Qué quieres decir?

ALBERTO.—Que desde el primer día no soy más que un marido de puertas a fuera. ¡Que el paraíso conyugal está cerrado para mí! Cerrado obstinadamente desde el mismo día de casarnos.

JORGE.—¿Por qué?

ALBERTO.—Ella dice que porque todavía no me conoce bastante. Oye. ¿Por qué no le hablas tú de este asunto?...

JORGE.—¿Estás loco? ¿Qué quieres que yo le diga?

ALBERTO.—Eso tú lo verás; eres el Terranova de la familia. ¡Sálvame!... Dila que sea mi mujer para que yo pueda decir que soy su marido.

JORGE.—Papá. ¡Yo no puedo hablarle de estas cosas!

ALBERTO.—¿Por qué no?... Háblale o hago un disparate.

JORGE.—¿Pero, tanto la quieres?

ALBERTO.—No sé si la quiero, creo que no..., pero, encuentro ridículo que yo pueda abrazar a todas las mujeres menos a la mía. (*Amelia entra por la izquierda con un paquete en la mano.*)

AMELIA.—Toma, Alberto. Un regalo..., ¡así verás que esta noche he pensado en ti!

ALBERTO.—(*Leyendo la etiqueta.*) "Recuerdo del Havre". (*A Jorge.*) ¿Qué te parece?... En el Havre y pensó en mí. Sí que están bien surtidas las tiendas de Versalles, ¿verdad?

AMELIA.—¿De Versalles?... No sé...

ALBERTO.—Pues yo lo sé todo por el maitre d'hotel..., ¡embustera!

AMELIA.—¡Te explicaré!

ALBERTO.—No te canses. Mi hijo tiene la palabra.

JORGE.—¿Yo, papá?

ALBERTO.—Sí, hijo mío, sí, tú. Escucha con recogimiento, porque confío yo en su elocuencia. (*A Jorge.*) A ver cómo te explicas. (*Mutis derecha.*)

ESCENA VI

JORGE y AMELIA.

AMELIA.—¿Aun tiene usted más cosas que decirme?

JORGE.—¡Y mucho más importantes!... ¡Estoy seguro de que yo la quiero a usted, de que usted me quiere a mí, y resueltamente me voy a América! Pero antes de irme, le tengo que decir a usted una cosa de tragedia realista.

AMELIA.—No comprendo.

JORGE.—Señora..., tengo el dolor de suplicarle que se sacrifique usted en el altar de mi padre. Que se resigne usted a ser su mujer. Si así lo hace, esta casa se llenará de ventura. Será usted una esposa feliz y mi padre un marido ideal. ¡Los dos serán ustedes muy felices!...

AMELIA.—¿Y usted?

JORGE.—¡Yo estaré en alta mar!

AMELIA.—Pero, si yo no puedo ser feliz, porque yo no quiero a su padre de usted.

JORGE.—¿Por qué se casó con él, entonces?

AMELIA.—Es él que quiso casarse conmigo a la fuerza, inventando calumnias, engañando a mi padre, y al fin logró que nos casáramos, porque yo le detestaba. ¡Después no ha hecho nada para conquistarme y nunca seré suya!... ¡Ni lo he sido, ni lo seré!... ¡Su padre nunca verá en mí más que una flor de azahar inmaculada!

JORGE.—¿Pero, la noche de bodas?

AMELIA.—¡No ha existido para mí!

JORGE.—¡Ay, Amelia, me vuelvo loco!... No lo había comprendido tan claro... ¿Entonces, no hablo con la señora de Letournel?

AMELIA.—¡No, señor!... Está usted hablando con la señorita Amelia Bignol.

JORGE.—¡Señorita!... Es una señorita... ¡Formidable!... Una señorita a la que yo adoro..., y no hay obstáculo alguno... (*Corre a abrir la puerta de la derecha.*) ¡Papá!... ¡Papá!...

ESCENA VII

JORGE, AMELIA, ALBERTO y luego LUISA.

ALBERTO.—¿Está todo arreglado?

JORGE.—¡Todo!

ALBERTO.—¡Me alegro!

JORGE.—¡Papá!... ¡Papá!...

ALBERTO.—¿Qué quieres?

JORGE.—Papá: ¡Tengo el honor de pedirte la mano de mi mamá!

ALBERTO.—¿Eh?

JORGE.—Te la pido porque nunca ha sido tu esposa. ¡Nunca!... ¡Ni la noche de bodas!...

ALBERTO.—¡Demasiado bien lo sé!

JORGE.—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

ALBERTO.—Porque me daba vergüenza.

JORGE.—(*Abrazando a Amelia.*) Yo la quiero..., ella me quiere, dámela.

ALBERTO.—Esta sí que es una solución que no esperaba. (*Pausa.*) ¿Qué piensas de todo esto, Amelia?

AMELIA.—¡Que yo quiero a Jorge y que también le querré a usted..., pero, como papá!

ALBERTO.—Como papá, entonces, ¿ya no tengo mujer?...

JORGE.—¡En cambio tienes dos hijos!

ALBERTO.—¿Pero, Amelia y yo tendremos que divorciarnos?

JORGE.—¡Indiscutiblemente!

ALBERTO.—¿Y por qué motivo?

JORGE.—¡Por incompatibilidad de carácteres!

ALBERTO.—Es verdad, tenéis razón. La juventud para la juventud. Para mí ya ha llegado la hora de la reserva.

LUISA.—(*Por el fondo.*) ¡Un telegrama para el señor!...

ALBERTO.—Es del Havre... (*Leyendo.*) "Llegué bien. Pienso en ti, Amelia". ¿Supongo que los que me enviaréis durante vuestro viaje de bodas serán auténticos?

LUISA.—¿Señorito..., me concederá los ocho días de permiso?

ALBERTO.—¿Para qué?

LUISA.—Para preparar mi casamiento con el *chauffeur* de abajo.

ALBERTO.—¿Con el *chauffeur* de abajo?... ¿Estás loca? No es ese el hombre que te conviene. ¡Ya te daré los consejos necesarios!...

JORGE y AMELIA.—Pero papá...

ALBERTO.—¡Hijos míos, señorita mamá, si ha sido esta la flaqueza de toda mi vida!

TELON

FIN

OBRAS DE

Enrique F. Gutiérrez-Roig

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto, con música de San Felipe y Aroca.
¡Miedo!..., cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupín, comedia en tres actos (agotada).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).
Los trovadores, comedia lírica en tres actos, con música de Foglietti y Callejo.
La bella Riseta, opereta en tres actos, con música de Leo Fall.
El panal de miel, farsa cómico-lírica en dos actos, con música de Cabas.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El Diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos (tercera edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto, con música de Muguerza.
El país azul, fantasía cómico-lírica en un acto, con música de Romo.
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
¡Que no lo sepa Fernanda!, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martn Pequét, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.

El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos (segunda edición).
Apaches (*Mon homme*), drama en tres actos.
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, comedia en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos (segunda edición).
Después del amor, comedia en cuatro actos.
Mamá es así, comedia en tres actos.
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.
La carrera, comedia dramática en cuatro actos.
La Emperatriz Mesalina, opereta en tres actos, con música recopilada por Faixá.
Ciboulette, opereta en tres actos, con música de Reynaldo Hann.
Poderoso caballero..., comedia en tres actos.
El viaje infinito, comedia en tres actos (tercera edición),
Guiñitos, comedia en tres actos (segunda edición).
El dúo de Manón, comedia en tres actos.
Mi mujer es un gran hombre, comedia en tres actos (tercera edición).
¡Escápate conmigo!..., comedia en tres actos.
Mi padre no es formal, comedia en tres actos.
El automóvil del rey, comedia en tres actos.
Mi hermana Genoveva, comedia en tres actos (tercera edición).
El Club de los chiflados, comedia en tres actos.
La prisionera, comedia en tres actos.
Estaré sola a media noche, comedia en tres actos.
La araña de oro, espectáculo en tres actos.
Su sonrisa, comedia en tres actos.
La aventura de Irene, comedia en tres actos.
Maya, espectáculo en un prólogo, nueve cuadros y un epílogo.
¿Quién mató al gobernador?, comedia dramática en tres actos.
No hay quien engañe a Antonieta, vodevil en tres actos.
Las noches del cabaret, espectáculo en dos actos con música de Kataher y Padilla.
La mujer del día, comedia en tres actos.
La señorita mamá, comedia en tres actos.

¤

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).

TEATRO ESCOGIDO

DE

CARLOS ARNICHES

VOLUMENES PUBLICADOS:

Tomo 1.° - La chica del gato. El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno. Las estrellas. Prólogo de José Carner.

Tomo 2.° - Es mi hombre. La señorita de Trevelez. Los milagros del jornal. Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.

Tomo 3.° - Para ti es el mundo. La tragedia de Marichu. El amigo Melquiades. Prólogo de Alfonso Hernández Catá.

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, número 18
M A D R I D

LA FARSA

está a la venta en la

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para completar su colección

RIVADENEYRA (S. A.).—MAD